

COLECCION DIAMANTE

XAVIER DE MONTEPÍN

de

LA SEÑORITA

TORMENTA

Lectulandia



En este volumen hay dos relatos: «La señorita Tormenta», donde se juega con la dualidad de dos personalidades, la virtuosa y la perversa, bajo la misma apariencia física que desencadenan venganzas y celos; y «El buhonero», que se desarrolla durante la Revolución francesa y describe el infortunado amor de un joven.

Lectulandia

Xavier de Montépin

La señorita Tormenta y El buhonero

ePub r1.0

Titivillus 03.07.2018

Título original: *Mademoiselle Tourmente*
Xavier de Montépin, 1866
Escaneo y OCR: mabalgo
Diseño de la portada: mabalgo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA SEÑORITA TORMENTA

Capítulo I

Durante ocho meses del año, desde el 18 de abril al 15 de diciembre, el castillo de Vauvert no tenía otros huéspedes que una anciana raquítica y contrahecha, pero muy dulce, respetable y excelente persona, la señorita de Vauvert, en compañía de su sobrina, que también era su ahijada, Enriqueta de Vauvert, huérfana, hija única y muy rica a quien pertenecía el castillo. El parque que lo rodeaba tenía largos y estrechos paseos, enarenados y rigurosamente tirados a cordel. Una gran avenida plantada de tilos, conducía frente a una ancha escalera construida con piedras desiguales y desunidas, entre las que crecía la hierba. Esta escalera daba entrada a un gran vestíbulo que conducía a piezas altas y tristes que el tiempo había estropeado.

Hemos dicho y repetimos, que durante ocho meses del año la señora de Vauvert, Enriqueta, su sobrina, y dos o tres domésticos animaban aquella soledad. Gracias a su presencia, el castillo, que el resto del tiempo era una verdadera tumba, no parecía más que una prisión.

Una tarde del mes de octubre de 1847, una hora próximamente antes de ponerse el sol, Enriqueta de Vauvert estaba sentada, en el fondo del parque, sobre un banco de madera y bajo un cobertizo que hacía veces de cenador. Tenía un libro que parecía leer con mucha atención e interés que se titulaba, *La Prisión de Edimburgo*, de sir Walter Scott.

Antes de seguir más adelante, nos vemos obligados a detenernos un momento. Nuestros lectores están en el derecho de saber tres cosas que harán suficientemente clara la exposición del drama que vamos a desarrollar.

1º El retrato de nuestra heroína.

2º Un apunte de su carácter.

3º Una rápida exposición de los acontecimientos anteriores.

En el momento en que empieza nuestro relato, Enriqueta de Vauvert tenía veinte años y algunos meses. Era alta, delgada y rubia; se podía decir de ella que era una belleza completa e irreprochable; imposible era no encontrarla encantadora, tanta gracia y vivacidad reunía su expresiva fisonomía. Enriqueta era a la vez muy dulce y decisiva, y algunas veces hasta caprichosa; su dulzura tenía el mismo fondo que su carácter, además, estaba muy bien educada. La libertad de que Enriqueta había gozado desde su más tierna infancia fue ilimitada y excesiva. No conoció a su madre, muerta al venir ella al mundo; y el barón de Vauvert, su padre, hombre muy metido en el torbellino del gran mundo de París, la tuvo cinco o seis años confiada a los cuidados de la señorita Anastasia de Vauvert, su hermana, mujer de un corazón de

oro, pero débil de carácter en toda la extensión de la palabra. Jamás la digna tía de Enriqueta hubiera tenido solamente el pensamiento de resistir una voluntad, un capricho, de su muy querida sobrina. Había encontrado el medio, además, de crearse numerosas y encantadoras ocupaciones. La lectura, el dibujo y la música le llevaban una buena parte del tiempo; había organizado una especie de pequeña farmacia donde preparaba por sí misma medicamentos sencillos y poco costosos que ponía a disposición de todos los pobres del pueblo y sus alrededores. También reunía todos los niños de las familias más pobres y se complacía en enseñarles las primeras nociones de lectura, escritura, aritmética y catecismo. Así que en el país, generalmente, se la conocía con el nombre de la buena señorita; era la providencia de las inteligencias y de los cuerpos. Añadamos a esto que montaba a caballo como una verdadera amazona, y cazaba como la diosa Diana, de mitológica memoria.

Hacía dos años que el señor de Vauvert había muerto. Enriqueta, huérfana y rica, con cerca de cuarenta mil libras de renta, era el objeto de los continuos homenajes de numerosos pretendientes a su mano. Pero Enriqueta era muy difícil, y hasta entonces no había dado oídos a nadie, excepción hecha de Eugenio Lascars, joven muy guapo, hijo de un rico banquero de París. Este joven había sido admitido durante algún tiempo en la sociedad íntima de la señorita Anastasia y su sobrina, y ésta le había casi autorizado a hablarle de los sentimientos tiernos que decía experimentar por ella. Pero un día, de triste recuerdo, llegó un golpe sobre la conducta del encantador Eugenio. Fue probado que era jugador, libertino en exceso, no retrocediendo ante la violencia para satisfacer sus brutales pasiones; que era falso, hipócrita, embustero, y que había gastado en innobles desvaríos la fortuna que le dejó su madre.

No quedaba a Enriqueta más que un partido que tomar: el de cerrar su puerta al señor Eugenio Lascars, como así lo hizo; pero esto no convenía en manera alguna al joven. Su probable matrimonio con la señorita Vauvert no había sido desde luego a sus ojos más que un matrimonio de conveniencia, de interés. En cuanto se pusieron obstáculos entre él y la joven, el amor tomó cartas en el asunto; se persuadió que idolatraba a la que no quería oír hablar más de él, y procuró, por todos los medios posibles, aproximarse a su amor. Todo fue en vano, y después de muchísimas tentativas infructuosas, el señor Eugenio Lascars pareció resignarse, y Enriqueta no oyó hablar ya de él.

Capítulo II

Por el camino que conduce de París al castillo Vauvert, a la hora de las seis de la tarde de un hermoso día, dos jinetes galopaban en dirección a aquél. Eugenio Lascars, uno de ellos, era un joven de veintiséis a veintisiete años, de mediana estatura, aire fino y distinguido, cabellos negros, grandes ojos del mismo color, que no miraban nunca de frente, un tinte pálido en sus mejillas, causado por el insomnio y las orgías, pequeño bigote, dientes blancos, vestía con mucha elegancia un pantalón gris perla, levita negra, sombrero gris y caprichosa corbata con un alfiler de oro bruñido y cincelado. El otro jinete era Francisco, criado de Lascars, que parecía tener la misma edad que su amo; aspecto insolente, vestido con gabán azul, ceñido a la cintura por una correa de cuero negro.

—El señor me permitirá hacerle observar, —dijo el doméstico—, que si continuamos mucho tiempo por este sitio, vamos a estropear los caballos...

—¡Eso es lo de menos! —contestó Eugenio.

—¡Justo! —se dijo Francisco—; ¡lo que son los amos! ¡Por llegar un cuarto de hora antes, revienta animales de cuatro mil francos! ¡No saben qué hacer del dinero, palabra de honor!

El caballo de Eugenio tropezó contra una piedra y cayó.

—¡Ira de Dios! —exclamó el jinete encolerizado, y luego dirigiéndose a Francisco, dijo—: ¿se ha *coronado*?

—Las dos rodillas, —contestó el criado.

—¡Maldito animal!

—Ya tuve el honor de preveniroslo, señor.

—Una palabra más y te pego un latigazo.

—Ya callo, —y añadió para su colete—: ¡he aquí mi falta por el presente!, ¡oh!, ¡los señores!, ¡los señores!...

—Felizmente, apenas hay media legua de aquí a Vauvert; me vas a dar tu caballo y toma éste.

—Sí, señor, —murmuró el doméstico.

El cambio de caballos se operó; volvieron ambos jinetes a emprender la marcha, pero al paso; Eugenio marchó en silencio durante cinco minutos, seguido a distancia por Francisco; de pronto, medio volviéndose, llamó:

—¿Francisco?

—¿El señor me hace el honor de llamarme? —interpeló a su vez el sirviente.

—Sí; ¿tú encuentras que soy un loco, no es eso, con haber coronado a este pobre *Nerón*, que era tan buen caballo y por el que había pagado doscientos luis?

—¡Ah! —repuso vivamente el interpelado—, jamás me permitiré tal cosa.

—¡Vamos! Te permito que hables con franqueza.

—Pues bien, señor, francamente, pienso que no es vuestra toda la culpa; el caballo ha caído porque debía caerse; yo soy algo del parecer de Santiago el Fatalista.

—¡Cómo, Francisco!, ¿has leído Diderot?

—¡Dios mío! —contestó el criado con fingida modestia—, es preciso leer un poco de todo.

—Pero ¿por qué casualidad...?

—Por la de haber estado al servicio de un académico, y cuando salía, en vez de arreglar la casa y limpiar las botas, me instalaba en un sillón y leía los libros de su biblioteca. ¡Qué queréis, señor, adoro la lectura! ¡He nacido para ser sabio, pero he equivocado la vocación!

—¿Es por eso por lo que encuentro algunas veces en ti el tono y acciones de un criado de comedia?

—¡Ah, señor! Moliere, Regnard, ¡qué autores! —dijo con calor Francisco—; Frontin, Crispin, Mascarille, ¡qué grandes hombres! ¡Cuando pienso en los hechos de esos héroes, señor, no duermo, sueño; servir a Valére, Damis y Clitandre; engañar a los padres y mantener a los tutores, he aquí lo que me hubiera perdido, señor! Ésos hubieran sido los nobles pasatiempos en que hubiera podido probar mi mérito, y decir como el inmortal Chénier: ¡Aquí hay algo!

Y se golpeaba en la frente.

—Estás muy divertido, —objetó Eugenio.

—El señor es muy bueno, —dijo el criado, y después de una breve pausa, añadió:

—¡Ah!, si yo me atreviera a decir al señor...

—Te permito que te atrevas.

—El señor tiene buena fortuna, —dijo Francisco con tono insinuante—, el señor seduce a las mujeres, el señor tiene cada día nuevas aventuras; pues bien, el señor no me demuestra confianza, el señor no se fía nunca de mí; y, francamente, esto me desconsuela. He aquí lo que jamás hubiera dicho al señor.

—¿De modo que tú desearías...?

—¡Ser vuestro Mercurio galante, vuestro cardenal Dubois; he ahí mi ambición, he aquí lo que haría mi felicidad! ¡Disminuid mi soldada, si queréis, pero empleadme! —y luego añadía para su capote—: ¡me resarciré con otra cosa... con lindos intereses!

Eugenio en tanto pensaba:

—Pero es un tesoro este muchacho, no me cabe duda; —y luego dijo en voz alta—: ¿De modo que tú estás práctico ya en la especialidad que reclamas cerca de mi persona?

—Con alguna distinción..., me atrevo a decir que sí.

—¿En casa de quién has practicado?

—En la de un Par de Francia y de dos hijos de familia distinguida.

—¿Eres discreto?

—Como una tenca.

—¿Tienes espíritu?

—Tan grande como yo, y eso que no soy chico.

—¿Sabes a casa de quién vamos en este momento?

—A la maravilla.

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—Lo mejor del mundo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, yo lo he adivinado.

—¿Qué va a suceder según tú?

—¿Es preciso decir la verdad?

—Sin duda.

—Pues bien, la señorita Enriqueta no os recibirá, o si os recibe, será mal; al veros casi ultrajado, volveréis a montar a caballo, y volveremos a París.

—¿Lo crees así?

—Lo aseguro.

—Pero si no se me recibe, o me recibe mal, como dices, ¿no tendré otro partido que tomar, más que volver a París?

—Hay lo menos diez.

—Cítame uno.

—Es muy fácil; pero antes voy a tener el honor de pedir permiso al señor para hacerle una pregunta...

—Haz esa pregunta.

—¿El señor está muy enamorado?

—Sí... muy enamorado de la mujer, por despecho; enamorado de la fortuna, por interés.

—¡Perfectamente! —dijo Francisco—. ¡He ahí una verdadera pasión, una pasión como yo las comprendo!, ¡el corazón y el sólido, el amor y el dinero, porque se mezcla tan bien, que, reflexionando un poco, se acaba por no saber si son los ojos de la Dulcinea los que se adoran o los de la caja!... ¡Esto es encantador!... ¿De modo que el señor no retrocederá ante un medio un poco... vivo, para casarse con la octava señorita de Vauvert?

—No retrocederé ante nada.

—Entonces es negocio hecho.

—¿Cómo?

—Cuando una joven pertenece a cierta clase y hace profesión de virtud, no se trata más que de comprometerla para que pida a grandes gritos un notario, un alcalde y un cura.

—Sí, pero...

—Ahora bien, una joven se halla completamente comprometida cuando un guapo muchacho, muy mal sujeto, perdonad señor, la frase ha salido de los labios a pesar

mío; cuando un muchacho guapo, digo, ha pasado la noche en su habitación.

—¿Adónde diablo vas a parar?

—A esto, —dijo el criado—. ¡Pasad la noche de hoy en la habitación de la señorita de Vauvert, y mañana tendrá tanto interés en casarse, y pondrá en ello tanta insistencia, como la ponía ayer para lo contrario! Sin contar que, haciéndolo como vos sabéis, podréis muy bien encontrar entre la medianoche y las cinco de la mañana, ciertos momentos muy agradables...

—Pero ¿y el medio?... —preguntó Eugenio.

—¡Caramba! El medio no le poseo todavía; las circunstancias me inspirarán; pero si el señor me hace el honor de creerme, espero poder responder del éxito.

—Te concedo plenos poderes.

—¡Me mostraré digno de ello! —y se dijo al propio tiempo— ¡tonto!

—¡Las siete ya! —dijo Eugenio sacando su reloj—; apenas hemos avanzado; ¡qué contratiempo el del caballo!

—¡Un poco de paciencia, señor! —objetó Francisco—. ¿Veis a través de estos espesos árboles algo que reluce?

—Sí.

—Es el sol que se pone y da perpendicularmente a los cristales del castillo de Vauvert; la casa se ilumina en honor de su futuro dueño. Ya nos aproximamos.

Un cuarto de hora después nuestros dos jinetes llegaban a la verja del castillo.

—Apéate y llama, —dijo el señor de Lascars.

—Si queréis, señor, —exclamó el doméstico al propio tiempo que llamaba—, este campanillazo será el primero anunciando vuestra boda.

—Acepto el augurio.

—¿Qué desean los señores? —dijo Dominico, viejo criado que había acudido al llamamiento, pero sin abrir la verja.

—La señorita Enriqueta de Vauvert, ¿está en su castillo, amigo mío? —preguntó Eugenio.

—Sí, señor, —contestó el criado.

—Entonces, abrid.

—Dispensad, señor; la señorita Enriqueta está en el castillo, pero la señorita Anastasia, tía de mi ama, está algo enferma, y por lo tanto, la señorita no recibe a nadie.

—Quizá haga una excepción en favor de un antiguo amigo venido de París expresamente para verla; llevadle mi tarjeta, os lo ruego.

—Voy al momento, —contestó Dominico, alejándose después de haber tomado la tarjeta que le entregó Eugenio.

—¡Está bien, —murmuró Francisco—, se deja al señor a la puerta!, ¡bueno va! ¡No es muy político que digamos ese bergante!

—Paciencia... —objetó Lascars.

Capítulo III

En un hermoso cenador, Enriqueta estaba leyendo *La Prisión de Edimburgo*, cuando desde lejos oyó la voz de Dominico que decía:

—Señorita Enriqueta... señorita Enriqueta... ¿en dónde estáis?

—Por aquí, Dominico, en el cenador, —contestó la joven dejando la lectura.

—Señorita, hay en la verja un señor a caballo que desea veros.

—¿Le habéis dicho que no recibía?

—Claro, puesto que la señorita me lo había prevenido; ese señor me ha dado una tarjeta y dice que sin duda haréis una excepción en su favor.

—¿A ver la tarjeta?

—Hela ahí, señorita.

Enriqueta leyó:

—¡Eugenio Lascars! ¡Él!, ¡él... aquí!, ¡qué imprudencia!... Yo que creía haberme desembarazado de ese hombre.

Y arrojó la tarjeta con menosprecio.

—¿Qué es preciso contestar, señorita?

—Contestad que no hago excepción con nadie.

Un momento después, en la verja, Lascars preguntaba a Dominico:

—¿Le habéis dado mi tarjeta?

—Sí, señor.

—Y ¿qué ha dicho vuestra señorita?

—Me ha encargado que os diga que no hace excepción alguna.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, señor.

—Está bien; buenas tardes. Decid a vuestra señora que se lo agradezco.

—No hay de qué. Buen viaje, —contestó Dominico, al ver alejarse a los caballeros.

—Ya veis que os lo decía, —arguyó Francisco, mientras atravesaban el pueblo.

—¡Me abandono a ti, Francisco! Tendrás cincuenta lises de gratificación mañana, si esta noche la señorita de Vauvert se ve comprometida por mí.

—¡Cincuenta lises! —exclamó el criado con alegría—; es como si ya los tuviera.

—¿Qué hacemos ahora, Francisco?

—Irnos a la posada. Es necesario que comamos algo y que yo cure las rodillas de Nerón.

—Pero ¿sólo hay una posada aquí?

—Sí, señor; la *Posada del Sol de Oro*.

Al poco rato, los dos se detenían ante la posada en cuestión; Eugenio entraba en

ella, y Francisco, ayudado por el posadero, conducía los caballos a la cuadra.

* * *

La habitación que habían destinado al señor de Lascars era la mejor de la casa, situada en el primer piso; cubrían sus paredes un papel gris, sembrado de flores; además, las adornaban cuatro litografías iluminadas; una bujía, puesta en un candelero de metal, alumbraba la habitación cuando entramos en ella y encontramos a su nuevo huésped, que, con alguna impaciencia, estaba esperando la vuelta de Francisco que había ido a adquirir noticias.

* * *

Eran las diez y cuarto; de pronto oyó llamar, y dijo:

—¡Adelante! ¿Por fin estás aquí? —añadió Eugenio al ver entrar a su fámulo.

—¿Cómo, señor, al fin? No he desperdiciado ni un minuto.

—¡Bien! ¿Qué has hecho?

—He sabido cuanto quería saber; he visto cuanto tenía necesidad de ver, y tengo la seguridad de que el éxito de nuestro proyecto no depende más que del señor.

—Perfectamente; pero sé más justo; hasta el presente el proyecto es sólo tuyo.

—Ahora voy a tener el honor de poner al señor al corriente de todo.

—Eso será lo mejor; pero te exijo que hables algo de prisa, porque te caracteriza una calma desesperante.

—Eso es Lafontaine quien lo ha dicho, —replicó seriamente el criado.

—Mi querido señor Francisco: voy a hacer como los personajes de esas comedias que tanto os gustan y que ahora recordáis.

—Esto no resultaría, y habría de pesarle al señor.

—¡Entonces habla, animal!

—Allá voy. Cuando he dejado al señor, al anochecer, me he ido a rondar los alrededores del parque del castillo. Puede ser que el señor sepa con gusto que hay en el mismo muro del parque una brecha practicable.

—Sin duda; pero es preciso ver a quién puede servir.

—¡Es preciso ver!... ¡Pardiez, ya está visto! Como la obscuridad no era bastante profunda para que me internase en el recinto, continué mi espionaje exterior; me encontré con un pastorcillo de unos doce o trece años, medio estúpido, que conducía por el campo un rebaño de flacos corderos, los que iban balando, con la cola entre las piernas y las orejas bajas... como verdaderos borregos, vamos... eran...

—Este muchacho tiene la monomanía de querer dar a conocer su estilo, cuando habla, —dijo Eugenio con impaciencia.

—«El estilo es el hombre». Ha dicho Buffon, señor. Prosigo: Algunos sueldos,

dados oportunamente, me ganaron la confianza del chico, y sé por él las principales disposiciones del interior del castillo. El departamento de la señorita Enriqueta ocupa el primer piso del ala derecha, tiene un balcón delante de las ventanas de su alcoba, y por lo que he observado, ese balcón es de fácil acceso; me he asegurado de ello, porque al dejar al pastor he entrado en el parque avanzando hasta los muros. —Sé bastante gimnasia y me encaramo como un gato.

—¡Bravo!...

—Un poco más allá, durante el viaje de observación, he encontrado a una vieja aldeana; le he dicho que era un criado nuevo en el castillo, y dándole palique, he obtenido más noticias sobre las costumbres íntimas de la señorita Enriqueta. Así he sabido que todas las noches permanece hasta las once y media en la habitación de su tía, a quien lee cosas piadosas, luego se va a la suya, se desnuda, sin doncella que la ayude, notadlo bien, y se acuesta.

—¿Qué conclusión sacas de eso? —preguntó Eugenio.

—De todo esto concluyo, que son las diez y media y que debemos salir; entraréis en el parque por la brecha que os indicaré; iremos juntos hasta el castillo, os serviré de estribo, subiréis al balcón, os ocultaréis en la habitación de la señorita Enriqueta, y... y a fe mía que ganaréis cuarenta mil libras de renta y una bonita mujer, y yo mis cincuenta luises, todo lo cual ha de sernos muy agradable.

—Pero si encontramos a alguien... si nos ven... si...

—¿Vamos precisamente a armar escándalo, y tenéis miedo de promoverlo? —objetó impacientemente el doméstico—; ¡parece que no os reconozco!...

—Pero, sin embargo...

—Vaya, vaya, señor, no hay pero que valga, —interrumpió Francisco—. ¡Quien no se arriesga no pasa la mar! Es un famoso proverbio que no falla. No hablemos más ni de boda, ni de escándalo, ni de nada; recojamos nuestros bártulos y volvámonos a París. ¡Avisaré que ensillen los caballos!

—Aguarda un instante, —murmuró Eugenio.

—Decidíos, señor, que no queda tiempo.

—Pues bien, vamos, —dijo Lascars tomando su partido.

—¿A París o al castillo?

—Al castillo.

Y ambos salieron del cuarto y de la posada.

Capítulo IV

Eran las diez y media de la noche, cuando nuestros dos personajes llegaban al pie del balcón de la señorita de Vauvert, dentro del parque del castillo. La obscuridad era profunda, y sólo se oía el monótono canto de las ranas en los charcos y pantanos de los alrededores.

—Ya hemos llegado, —dijo en voz muy baja Francisco.

—Felizmente; ¿sabes, Francisco, que debemos parecer dos verdaderos ladrones?

—¡Pardiez! Los amantes son ladrones también, solamente que aquéllos se llevan el corazón, en vez del bolsillo, y algunas veces algo más grave.

—Dices, pues, que las ventanas de la señorita Enriqueta...

—Son las dos últimas del edificio, —contestó su criado—, están encima de nuestras cabezas, y hasta, a pesar de las tinieblas, me parece que hay una abierta. ¡Chits!... —añadió prestando oído—, señor, ocultémonos que vienen.

Nuestros nocturnos rondadores se ocultaron detrás de unos árboles para dejar paso a Dominico que, con el fusil en una mano y una linterna en la otra, hacía su ronda acostumbrada. Venía cantando a media voz; miró a derecha e izquierda, dirigiendo sucesivamente la linterna a todas partes.

—Ya he hecho la ronda; todo está perfectamente tranquilo, y voy a acostarme.

Y esto diciendo se alejó, reanudando su monótono canto.

—Al fin se ha marchado, —murmuró Eugenio, siempre en voz baja.

—Vamos, señor, despachemos pronto, porque la señorita de Vauvert puede entrar en su habitación de un momento a otro.

—Ayúdame.

Eugenio puso un pie sobre el hombro de Francisco, se agarró a los relieves de las piedras angulares y enseguida llegó a la balaustrada, la que escaló, y hallóse en el balcón.

—Ya estoy, —dijo desde arriba.

—¡Buena suerte, señor! —balbuceó el criado alejándose.

Eugenio franqueó la ventana, que estaba medio abierta, y se halló en medio de la cámara de la señorita de Vauvert.

La habitación de Enriqueta de Vauvert era lindísima; dados los gustos y aficiones de la joven, y la clase de vida que llevaba en el castillo, fácil nos será formarnos una idea de ella, sin necesidad de entrar en detalladas descripciones, que no servirían más que para cansar a nuestros lectores. Su interior respiraba virginalidad; cortinajes de muselina blanca cubrían las ventanas y el lecho de la casta joven; los muebles eran sencillos, pero cómodos, recubiertos de tela persa, de un color gris perla, salpicado de bellísimas y caprichosas flores; un armario contenía la pequeña biblioteca, compuesta

de las obras selectas de Walter Scott, Cooper, *lord* Byron, Shakespeare, Schiller, Chateaubriand, Lamartine, Cervantes, Camôens, Ercilla, Calderón, etc. Dos o tres retratos de familia, entre los que se hallaban el de la madre de Enriqueta, adornaban las paredes. En un ángulo de la habitación y medio oculta por un *chiffonnier* de madera de rosa, había una pequeña escopeta de caza, de dos cañones, montada e incrustada en plata. Una lamparilla alumbraba sobre la mesa de noche, lanzando sus pálidos reflejos en toda la pieza, lo que permitía distinguir a medias las cosas.

Eugenio, con toda clase de precauciones, se deslizó en la habitación.

—No hay nadie; heme, pues, dueño de la plaza; pero, por de pronto, ¿dónde me escondo?... ¡Ah!... allí.

Y descorriendo las cortinas de la segunda ventana, se colocó detrás, teniendo mucho cuidado de ponerse de modo que no llamase la atención de cualquiera que entrara en la cámara.

—¡Se está bien aquí!... —se decía—. Nada más que con respirar este ligero, pero penetrante perfume, se adivina que este cuarto está habitado por una joven y linda mujer. ¡Es notable el modo como me late el corazón! Vamos, ¡calma!, ¡valor!, ¿qué puede suceder, después de todo?

Permaneció en silencio durante algunos segundos, transcurridos los cuales, volvió a sus reflexiones, diciendo:

—Estoy precisamente en la posesión de Saint-Preux, escondido en casa de Julie... Rousseau ha escrito a propósito de esto una escena muy viva... ¿A qué diablo pensar en ello?

Nuevo silencio, y vuelta a perorar al poco rato.

—¿Cómo, esa Enriqueta tan desdeñosa, me recibirá? ¿Qué me dirá? Yo mismo, ¿qué le diré? ¡No sé qué hacer! Observo que esta noche no tengo el aplomo de otras veces. Creo que oigo pasos cerca de esta habitación..., quizá sea ella... no... todavía no... ¿qué hubiera hecho Don Juan en mi lugar?

Corrió un poco el cortinaje que le ocultaba, y, dirigiendo una mirada al lecho, murmuró:

—Tomaré posesión... completa... esta misma noche, ahora enseguida... ¡esto será magnífico, y Don Juan no lo hubiera hecho mejor!

Interrumpióse otra vez para escuchar de nuevo.

—Esta vez sí que oigo pasos, estoy seguro..., se aproximan... vienen hacia aquí... la puerta se abre... es ella...

Y cerró por completo la cortina que le ocultaba.

Enriqueta entró, dejando encima de un mueble una lámpara que traía en la mano.

—Mi pobre tía no está bien; a su edad y con la salud tan quebrantada, la menor enfermedad es grave. Tengo empeño de volver enseguida a París con ella..., al menos allí podré rodearla de buenos médicos y de cuidados que la faltan aquí.

Enriqueta se detuvo delante de un espejo y deshizo las trenzas de sus largos cabellos.

—Esta noche, hace un calor sofocante; indudablemente tendremos tempestad; no corre ni un soplo de aire, voy a abrir la otra ventana.

Fue y describió la cortina que ocultaba a Eugenio Lascars; al notar a éste, lanzó un grito y retrocedió precipitadamente, exclamando:

—¡Ah!

—¡Señorita!...

—¡Un ladrón!...

—No, señorita..., un amante...

Enriqueta, al oír esto, miró de frente a Lascars, y reconociéndolo, dijo:

—¡Vos!, ¡a esta hora de la noche!, ¡en mi casa!... ¡Salid!...

—Señorita...

—¡Salid os digo! —interrumpió la señorita de Vauvert con marcada cólera.

—Es preciso que me escuchéis, señorita, y me escucharéis; es necesario que me oigáis, y me oiréis.

—Esto es demasiado fuerte, y voy...

—No iréis a ningún lado, señorita, —objetó Eugenio, interponiéndose entre la joven y la puerta—, antes de haberme oído.

—¿Una orden?

—Una súplica..., una humilde súplica... dejadme decir solamente...

—Os doy tres minutos; hablad, —dijo con resolución Enriqueta.

—Desde luego, señorita, os ruego... os lo ruego de rodillas, que no tengáis miedo...

—¡No tengo miedo de nada, —dijo la joven interrumpiéndole—; de modo que basta de preámbulos inútiles!, ¡decid enseguida por qué estáis aquí y qué pretendéis de mí!

—¿Sabéis que os amo?

—¿Qué más?

—Otras veces, habéis parecido acoger mi amor... hubo un instante en que he creído poder esperar.

—Habéis hecho mal.

—No sé qué sentimiento ha venido a reemplazar en vuestro corazón el afecto que parecíais experimentar por mí.

—¡Ya os lo he dicho, y no me obliguéis a repetirlo; este sentimiento es de menosprecio!...

—¡Menosprecio! —murmuró Eugenio.

—Sí. Y este sentimiento aumenta cada día. Os aborrecía y menospreciaba mucho esta mañana, pero os menosprecio mucho más, muchísimo más, esta noche.

—Sin duda, señorita, que he cometido muchas faltas...

—No solamente faltas, sino infamias y cobardías.

—Sois severa.

—Soy justa; ¡y ahora que ya sabéis lo que pienso de vos, ahora que ya os lo he

dicho, ahora que los tres minutos han transcurrido, marchaos!

—¿Me echáis?

—Ésa es la palabra.

—Pues bien, no me marcharé, —dijo Lascars, con cólera.

—¿Qué decís? —interrumpió la joven.

—Digo que me quedaré aquí a pesar vuestro, que pasaré la noche en vuestra habitación, que estáis aislada en esta parte del castillo, que me habéis hecho llegar al límite, que os amo, que soy el más fuerte, y que a pesar de vuestros gritos, que sofocaré, y a pesar de vuestras lágrimas, de las que no tendré piedad, seréis mía, y lo juro por mi vida.

Y dio un paso hacia Enriqueta.

—Pues bien, sobre vuestra vida también, juro que vais a salir.

—Lo veremos, —exclamó Eugenio sonriendo.

—Vedlo, pues.

Y al decir esto ganó el rincón de la cámara, cogió la escopeta de dos cañones y, amartillándola apuntó a Lascars.

—¡Ah! —exclamó éste con espanto.

—Y ahora que tengo vuestra vida en el extremo de mi escopeta, ahora que tembláis delante de mí, ahora que tenéis miedo, os digo señor Eugenio Lascars, que sois un miserable y un cobarde; os digo que os escupo en el rostro, que si dentro de un minuto no habéis huido por la ventana, como un ladrón, juro que os mato como a un perro.

—Ya salgo, —balbuceó Eugenio temblando.

—¡Id de prisa, porque no respondo de mí!

Cuando se hubo marchado, escalando el balcón, Enriqueta cayó de rodillas ante una imagen del Redentor, exclamando:

—A vos que me habéis dado la fuerza y el valor, a vos que me habéis salvado, os doy gracias, Señor, gracias con todo mi corazón.

Cuando Eugenio, pálido como un espectro, después de haber escalado el muro del parque, se alejaba, volvió la vista al castillo, y, enseñando el puño cerrado, murmuró:

—¡Oh! Me vengaré.

Capítulo V

Ha transcurrido un año después de los sucesos narrados en los capítulos antecedentes; nos hallamos, por lo tanto, en octubre del año 1848.

La situación de la heroína de nuestro relato había cambiado completamente: Enriqueta había cesado de ser la joven indiferente y burlona; amaba por primera vez e iba a casarse. Amaba, no con ese amor que con más frecuencia se encuentra en las novelas que en la vida, y que parece delirio, sino con una afección dulce y confiada. Había puesto en su prometido la esperanza de su porvenir y la seguridad de su dicha.

El vizconde Alfredo de Juvisy, el prometido de Enriqueta, era un hombre de unos treinta años, próximamente. Había vivido mucho, lo que en el lenguaje del mundo significa que había librado su alma y su cuerpo de esos locos amores que lo envuelven todo durante cierto tiempo, pero que una vez pasada la fiebre de la pasión, dejan el corazón totalmente vacío; esto le había ocurrido a Alfredo. Desde el momento en que encontró a Enriqueta, este vacío se llenó; a pesar de su fortuna, su nacimiento y su posición en el mundo, que, muy análogas a las del joven, hacían un matrimonio de conveniencia más que de inclinación, su amor había adquirido la intensidad de las pasiones más fogosas y contrariadas. Lo que prueba la falsedad de cierto dicho que pretende que el amor tiene necesidad, para ser impetuoso, de hallar obstáculos. El plazo de rigor había transcurrido desde la demanda oficial hecha por el señor de Juvisy a la señorita Anastasia, la única parienta cercana de Enriqueta. Las amonestaciones se habían publicado, todas las dispensas estaban obtenidas, el día de la celebración de la boda se había fijado, y precisamente nos hallamos en la mañana de este día.

Los convidados, que eran en número muy reducido, se componían de parientes lejanos y amigos íntimos que hallábanse reunidos en el castillo de Vauvert. Sólo esperaban la llegada de una persona cuya presencia era de todo punto esencial; tratábase del futuro esposo. El alcalde debía ceñir a las diez en punto, su faja municipal; el cura debía subir al altar a las diez y media. Eran las diez menos cinco minutos, y el señor Juvisy no había venido, aunque prometió la víspera por la noche estar de vuelta de París a las nueve. Ya los amigos y parientes, que se paseaban por el parque, se habían reunido con los demás convidados en el salón, habitación cubierta de magníficos tapices que representaban los clásicos amores de Thetis y del Sol, y adornado de retratos de familia de todos los Vauvert. Los huéspedes del castillo eran unos treinta, próximamente, y de esta numerosa reunión, insignificante si se quiere, sólo hemos de hablar de un personaje.

Era éste Jorge de Vibray, primo en segundo grado de la novia; tenía apenas veintidós años, poca o ninguna fortuna, un buen corazón, noble y atrevido, un espíritu

muy novelesco, poco conocedor del mundo y con muchas ilusiones. Su figura era encantadora, pero de una belleza demasiado graciosa y femenina. El día que lo presentamos a nuestros lectores, parecía muy triste; trataba de aislarse, y más de una vez había secado, de un modo furtivo, una lágrima que resbalaba por sus mejillas.

Sería esto que el pobre Jorge había tomado demasiado por lo serio su papel de primo.

Como es tradicional en todas las novelas y en todos los sainetes, el que el primo de la novia debe estar prendado de ésta, Jorge no había podido faltar al uso establecido, y adoraba a Enriqueta muy concienzudamente y con la mejor buena fe del mundo; por lo demás, con esto sólo daba una prueba de buen gusto.

Nada había más encantador que la señorita de Vauvert con su traje blanco, su velo nupcial y su corona simbólica, tan virginal y tan bien alcanzada. La esperanza de la dicha, y la certidumbre de que esta dicha estaba próxima, daban una expresión radiante a los hermosísimos ojos de la joven y dulcificaban lo que sus miradas tenían algunas veces de demasiado intrépido y decidido.

Sin embargo, una vaga inquietud, un inexplicable presentimiento empezaba a atormentar a Enriqueta y cubrir de palidez sus sonrosadas y aterciopeladas mejillas; la hora fijada ya había pasado, habían transcurrido, muy cerca de veinte minutos. Alfredo no había llegado, y su retraso no tenía explicación. El señor de Vibray miraba frecuentemente al reloj, y viendo la rápida marcha de sus agujas, un vivo resplandor de alegría iluminaba sus ojos. Ya se empezaban a formar mil conjeturas, a cual más absurdas y más ridículas; ya se murmuraba casi en voz alta de un olvido de conveniencias, de un hecho que por lo menos era muy extraño. Los más optimistas suponían que Alfredo se había roto una pierna o la cabeza en el camino; Jorge de Vibray deseaba caritativamente que fuese la cabeza. De pronto se oyó sobre el seco suelo de la avenida, el rápido galopar de un caballo.

—¡Es él! —exclamó una voz.

Y corrieron a la ventana para asistir a la entrada del novio.

No era Alfredo, sin embargo, el que llegaba, sino un criado con su librea. Indudablemente precedía al carruaje de su amo. El asombro creció cuando vieron que entregó un billete a uno de los criados de la señorita de Vauvert, y que, sin apearse, volvió grupas y lanzó su caballo por el lado de París, partiendo con igual velocidad que con la que había venido. El billete que acababa de llegar de un modo tan particular, fue inmediatamente llevado al salón.

Iba dirigido a Enriqueta; pero la dirección estaba trazada con mano tan temblorosa que los caracteres eran casi ilegibles. La joven palideció al recibirlo, y vaciló un momento antes de abrirlo. Cada cual parecía adivinar que en aquella carta venía el anuncio de una desgracia; la joven rompió el sello, sacó la carta del sobre y leyó para sí.

De pronto sus ojos se agrandaron, y su espantada mirada pareció atravesar el papel con una fuerza sobrenatural. Su rostro tornóse lívido y tomó una expresión de

angustia, horror, desesperación y espanto; después el billete se escapó de sus manos, y hubiera caído sobre el pavimento si no se hubieran apresurado a sostenerla. Cuando Enriqueta volvió en sí de su desvanecimiento, su mirada, errando durante un momento a su alrededor, de un modo incierto y dudoso, atestiguó el desorden de su espíritu. Pero bien pronto apercibió en el suelo, a sus pies, el billete que nadie había tocado; entonces la joven recordó todo. Un súbito y rojo color invadió su frente. Cogió el papel con un movimiento convulsivo, y exclamó con una especie de despecho:

—¡Escuchadme!, ¡escuchadme todos!, ¡y si uno de vosotros puede explicarme el golpe que me hiere, que hable!... ¡oh!, ¡que hable!... ¡Porque yo; os lo juro ante Dios, no lo comprendo!

Un círculo anhelante de curiosidad se formó alrededor de Enriqueta, que, con voz cortada por la emoción leyó las líneas siguientes:

«Debéis haberos reído de mi muy a menudo, señorita, de mí, y sobre todo de mi ternura tan confiada y tan crédula. ¡El velo al fin se ha descorrido! Ya era tiempo, ¿verdad? ¡No tengo para vos ni afección, ni odio; no me queda más que un poco de piedad y un mucho de desprecio! Perdonad esta palabra que un hombre galante no debe jamás dirigir a una señora... Pero ¿qué queréis?; la indignación la dicta, no en vista de vuestra conducta, que ahora no miro, sino al pensar que he estado tan cerca de la vergüenza y la desgracia de ser vuestro marido. Adiós, señorita; sed feliz si podéis.

ALFREDO DE JUVISY».

—Me escribe esto, —exclamó sollozando Enriqueta cuando hubo terminado—, me tortura, me insulta, ¡y soy una mujer!, ¡y no tengo padre!, ¡y no tengo un hermano!, ¡oh Dios mío! ¡Dios mío!

Y se dejó caer sobre un sillón, presa de una violenta crisis nerviosa. Todo el mundo se miraba aterrado. Jorge de Vibray salió de entre los circunstantes y se acercó a Enriqueta.

—No tenéis ningún hermano, pero tenéis un primo, que os ama más que un hermano y que os defenderá como tal.

—¡Vos, Jorge! —murmuró Enriqueta.

—Sí, yo, yo que os amaba sin decíroslo, y que jamás os lo hubiera dicho, porque era pobre y vos rica, y además, habíais entregado vuestro corazón... pero hoy os digo bien alto que os amo, porque hoy quizá moriré por vos, Enriqueta... Y tendré el derecho de defenderos, —añadió Jorge después de un momento de silencio—, porque tengo el honor de pedir os vuestra mano desde luego, y enseguida a nuestra tía... ¡Oh!, no temáis nada, ni vaciléis en contestarme, —repuso vivamente viendo un

movimiento de Enriqueta—; ¡oh!, ¡no temáis nada!, me rehusaréis más tarde, lo sé; pero por hoy soy vuestro desposado y uso de mis derechos...

Sin esperar más contestación salió de la sala, y cinco minutos después galopaba hacia París. Los invitados se marcharon casi acto seguido, y Enriqueta fue a encerrarse en su habitación, donde las lágrimas abundantes que derramó la consolaron algo.

Capítulo VI

El señor Juvisy ocupaba un pequeño y encantador entresuelo de la calle de Laffitte, Jorge de Vibray conocía esta habitación. Apenas se apeó del caballo, apresuróse a entrar.

—¿El señor vizconde está en su casa? —preguntó al portero.

—No, señor, —contestó éste.

—¿Su criado podría decirme dónde lo encontraré?

—Su criado ha salido.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

—Entonces, —dijo Jorge, cogiendo una silla y sentándose—; esperaré aquí la vuelta de uno de los dos, porque es indispensable que hable sin retardo al señor Juvisy.

El portero cambió con su mujer una mirada significativa; ésta hizo un gesto de aquiescencia y salió de la portería, después de haber dicho a Jorge:

—¿Vuestro nombre, señor? Os lo ruego...

Jorge lo indicó. Al cabo de un instante la portera volvió.

—El señor vizconde dio orden de no recibir a nadie, —dijo—; pero me encarga hacer saber al señor de Vibray, que tendrá el honor de recibirlo; de modo que si el señor quiere subir...

—Al instante.

—¿El señor conoce la puerta?

—Perfectamente.

Jorge subió; el ayuda de cámara de Alfredo, que le esperaba en el dintel de la puerta, lo introdujo. Atravesó dos salas, amuebladas con extremada elegancia y buen gusto, y llegó a la alcoba donde se encontraba Alfredo. En cuanto estuvo en su presencia, notó el cambio que en algunas horas se había operado en la fisonomía del joven. Sus rasgos estaban singularmente alterados; un profundo círculo amoratado rodeaba sus ojos enrojecidos, y, síntoma característico de verdadero dolor, su camisa estaba rota, y su corbata anudada con completa negligencia.

—¡Ha debido sufrir mucho! —se dijo Jorge involuntariamente.

El señor de Juvisy dio dos o tres pasos hacia su visitante, le saludó con política ceremoniosa, pero sin tenderle la mano, como tenía costumbre de hacer, y le preguntó con voz cuya entonación atestiguaba un pesar mal disimulado:

—¿A qué motivo debo atribuir la visita del señor Jorge de Vibray?

En presencia de Alfredo, en presencia de la solemnidad de aquel acto, Jorge tenía una buena parte de serenidad.

—¿Me preguntáis el motivo de mi visita?... ¿No lo adivináis?

—Quizás; pero deseo oírlo formular por vos.

—Me parece que después de lo que ha pasado hace algunas horas..., después de vuestra conducta insultante..., después de la carta incalificable que habéis escrito...

Alfredo interrumpió con un gesto al señor de Vibray, y le dijo:

—Venís aquí como pariente de la señorita Enriqueta de Vauvert, ¿no es eso?

—Como pariente y como desposado, —contestó Jorge con energía.

—¡Cómo desposado!... —repitió el señor de Juvisy, estupefacto.

—Sí, señor.

—Pero ¡no pensáis, señor..., que no podéis ser el desposado de la que iba a casarse hace una hora!

—Hace una hora no lo era, y ahora sí.

—Explicaos, señor, esto es muy grave; y creedme que cualquiera que sea la cosa que vengáis a pedirme, en el momento que hayamos tenido ambos una explicación indispensable, estaré por completo a vuestras órdenes.

—Ante el insulto tan cobarde que habéis hecho a mi prima, me he presentado y pedido su mano...

—Y... —dijo vivamente Alfredo—, ¿la habéis obtenido?

—No sé todavía, pero espero.

—¿De modo que amáis a Enriqueta?

—Amo a mi prima, sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

Jorge sufría a pesar suyo, el imperio de la palabra grave, calmada, paternal, por decirlo así, del señor de Juvisy. Asombrábase de contestar a sus preguntas, pero contestaba.

—¡La amáis! —repitió Alfredo con una expresión a la vez de amargura y lástima—, ¡la amáis hace tiempo!, ¡pobre joven!... ¿habéis venido a mi casa para armarme querrela y conducirme al terreno con las armas en la mano?

—He venido a pedir os razón de un insulto que me alcanza a mí, hiriendo a mi prima.

—¡Pues bien! —contestó Alfredo—; os lo repito, estoy a vuestras órdenes; pero ante todo escuchadme, porque es preciso que lo sepáis todo; es preciso, por vos y por mí, por el honor de ambos, y quizá también por vuestra felicidad.

—Estoy dispuesto a oíros, —dijo Jorge.

—Nosotros hemos vivido en el mismo mundo, —repuso el señor de Juvisy, en un tono de benevolencia casi inexplicable, después de la provocación de que acababa de ser objeto—; me conocéis hace mucho tiempo, además, sabéis que siempre he pasado por un hombre galante y honrado. Sabéis esto, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—¡Pues creedme, amigo mío, que ha sido preciso que ocurrieran cosas muy terribles para hacerme salir de este modo de mi carácter, para hacerme escribir una

carta parecida a la que he escrito a esa mujer!

Y recalcó estas dos palabras.

—¡Esa mujer!... —exclamó Jorge palideciendo.

—Escuchadme sin cólera, os lo suplico, —prosiguió Alfredo—, y desead, como yo lo deseo para vos, que no os llegue jamás a ver de un solo golpe con todos vuestros ensueños deshechos, todo vuestro porvenir destruido, toda vuestra vida trastornada, como me ha sucedido a mí...

—No os comprendo, señor, —interrumpió Jorge.

—¡No me comprendéis sino a medias!

El señor de Juvisy fue a su escritorio, abrió uno de los cajones, tomó un medallón incrustado de marfil, que presentó a Jorge, diciendo:

—Mirad esto.

—¡Su retrato! —exclamó el joven después de haber arrojado una mirada sobre el medallón.

—Sí, su retrato. ¿De qué manera creéis que ha venido a mis manos?

—Sin duda, ella os lo habrá dado; dadas vuestras relaciones, no veo más que una cosa muy natural.

—Os engañáis, amigo mío, este retrato no viene de ella.

—¿De quién, pues?

El señor de Juvisy volvió al escritorio; del mismo cajón que había sacado el medallón, cogió un papel y lo tendió a Jorge.

—Leed esta carta, —le dijo.

Jorge miró el billete; iba dirigido a Alfredo y estaba fechado la víspera por la noche.

—Leed en voz alta, os lo ruego —añadió el señor de Juvisy.

Jorge leyó en alta voz lo que sigue:

«Señor:

»Esta carta es anónima, y sé perfectamente que un escrito de esta índole no es digno de ningún crédito, exceptuando, sin embargo, cuando su autor es un amigo sincero que puede presentar la prueba en todos los hechos que relata, la prueba material, palpable, luminosa. Éste es precisamente el caso en que se halla el autor de esta carta.

»Estáis a punto de caer en un abismo sin fondo, señor. Gracias al cielo, es tiempo de deteneros aún sobre el borde. ¡Un día más y hubiera sido demasiado tarde!

»No ignoro que la herida que voy a abriros en el corazón será profunda, sangrienta, dolorosa. Me es preciso valor, mucho valor, os lo juro, para haceros sufrir de este modo; pero este valor lo tendré; mi afección por vos, señor, es demasiado viva y demasiado sincera; os tengo en demasiada estima para dejaros, con propósito deliberado, caer en un lazo que os pondría en una posición terrible, y esta vez sin remedio.

»Vais a casaros; mañana os casaréis con la señorita Enriqueta de Vauvert. Pues bien: se os engaña; se os toma por un juguete; se juega con vos de una manera infame. ¡La a quien vais a dar vuestro nombre, la que creéis una casta y pura niña, es UNA MUJER PERDIDA! ¡Sí, UNA MUJER PERDIDA!, ni más ni menos.

»¿Verdad que es increíble lo que os digo? ¡Y sin embargo, es cierto! He aquí los hechos. Después de éstos, vendrán las pruebas. El invierno último, todos los días, sin faltar uno, durante más de cuatro meses, entre once y once y media de la mañana, mientras que se la creía en la iglesia de Saint-Roch, la señorita Enriqueta de Vauvert, envuelta en un pañuelo negro, iba sola y a pie al número 270 de la calle de Saint-Honoré. Allí entraba en la portería, cogía la llave de una habitación amueblada, situada en el tercer piso de la casa, y subía.

»Al cabo de algunos instantes, su amante, un hombre casado que no puedo nombrar, se le reunía; estaban una hora juntos, y luego se separaban para reunirse al siguiente día. Os envió el retrato de la señorita Enriqueta, hecho expresamente para su amante. La dirección del pintor está al pie del retrato. Id a la casa indicada, tomad informes, haced hablar a la portera, mostradle el retrato, y es probable que reconozca a la mujer que había visto todos los días durante cuatro meses y a quien había hablado más de cien veces. Muchos inquilinos de la casa, que la encontraban en la escalera, la reconocerán igualmente. Se ignoraba quién era, y sólo se la designaba con el nombre de: SEÑORITA ENRIQUETA.

»En cuanto hayáis visto todo, cuando hayáis comprobado el valor de mis afirmaciones, si dudáis todavía, si perseveráis en la intención de dar vuestro nombre a una joven tan profundamente depravada para ser la querida de un hombre de quien no podía ser mujer, toda vez que ese hombre estaba casado... Si consentís, en fin, en llevar adelante la bendición nupcial... allá vos; ¡casaos! ¡Sois perfectamente dueño de hacerlo si queréis! El amigo que os escribe en este momento pensará, en verdad, que os habéis vuelto loco y del que será prudente privarse... Pero al menos os habrá prevenido. Su conciencia de hombre honrado y de amigo desinteresado no tendrá nada que reprocharse».

Jorge había terminado; la carta cayó de sus manos.

Capítulo VII

Pues bien, —dijo el señor Juvisy—, habéis leído... ¿Qué os parece?

Jorge hizo un movimiento sin contestar; la emoción le ahogaba, se le había hecho un nudo en la garganta. Cuando al fin pudo hablar, su contestación fue una pregunta.

—Y... después de haber recibido esta carta, —dijo—, ¿qué habéis hecho?

—He querido dudar, he creído en una mentira audaz, en una odiosa mixtificación; he corrido a la casa que se me indicaba de la calle de Saint-Honoré.

—Y allí... ¿qué habéis sabido?

—Negáronse a contestarme en un principio; la portera estaba pagada para que guardase silencio..., habían dado diez luises a esta mujer para que callase, y yo la he dado veinte para hacerla hablar; entonces las noticias han sido tan exactas, tan detalladas, tan completas, tan unánimes, tan perfectamente de acuerdo con las dadas en la carta, que la verdad me ha parecido terrible e inatacable...

—¡Oh! ¡Dios mío!...

—He vuelto a mi casa medio loco de rabia y de dolor, he pasado la noche llorando como un chiquillo, y esta mañana, reuniendo en un supremo esfuerzo el poco valor y energía que me quedaban, he escrito la carta que habéis leído en el castillo de Vauvert... Y ahora señor de Vibray, ahora que ya lo sabéis todo, os repito por tercera vez que estoy a vuestras órdenes, si persistís en el proyecto que os ha traído a mi casa.

Jorge guardó silencio durante un rato. Después tendió la mano a Alfredo, diciéndole:

—Seamos amigos, si queréis, porque hemos amado, porque sufrimos juntos.

—Gracias, —contestó Alfredo, estrechando afectuosamente la mano que le tendía el joven.

—Me he arrojado como un loco en un triste y vergonzoso asunto; ¡mi papel es deplorable! Me he ofrecido a Enriqueta como su campeón, como su defensor; he partido para vengarla, y ahora, cuando ella va a pedirme cuenta de mi conducta, ¡porque se atreverá a ello! Y ahora, ¿qué le contesto? ¡Será preciso decirle, como vos le habéis dicho, que no tengo por ella afeción alguna, ni siquiera odio, que sólo me queda un poco de piedad y un mucho de desprecio!

—¡Qué importa lo que le diréis, si realmente no la amáis ya!

—Os juro que todo ha terminado; sí, por completo. ¡Ya no la amo!

—Entonces no os compadezco; sois feliz, más feliz que yo, más feliz mil veces, ¡porque yo la amo todavía!

* * *

Jorge de Vibray había dejado al vizconde de Juvisy después de la entrevista a que hemos asistido. Sin que se diera cuenta de ello, sus pasos le llevaron a la calle de Saint-Honoré, y detúvose frente a la casa que tenía el número 270. Allí, una última duda, debiéramos decir más bien un rayo de esperanza, acabó de herir su espíritu.

Entró y se aproximó a la portería; la portera estaba ocupada en propinar una corrección al menor de sus hijos, y no la vio desde un principio. Vióse, pues, obligado a repetir el llamamiento dos veces.

—¿Señora... señora?...

Al fin volvió la portera la cabeza, y al ver a un joven tan elegante, se apresuró a salirle al encuentro, y con aire bondadoso le preguntó:

—¿Qué hay que hacer en vuestro servicio, señor?

—¿Podrías decirme dos palabras, señora?

—Cuatro si queréis —dijo la portera, presintiendo que habría dinero que ganar—; tomaos la molestia de pasar.

Y ofreció una silla al joven, en la que se sentó, y abordó la cuestión en estos términos:

—¿Ha venido alguien ayer noche aquí, a pedir ciertas noticias?

—¡Pero, señor!... —exclamó la portera manteniéndose a la defensiva para conservar la posición más ventajosa.

—Ese alguien, que es amigo mío, os ha dado veinte lises y habéis satisfecho a todas sus preguntas. He aquí otros veinte, y contestadme como le habéis respondido; ¿os conviene?

—¿Cómo, señor, si me conviene? —exclamó con entusiasmo la portera, que, por la décima parte de la suma que le presentaban, hubiera dicho, no solamente lo que sabía, sino que hubiese inventado lo que no sabía—. ¡Gran Dios!, ya lo creo que me conviene; estoy dispuesta a enterar al señor de lo que me pregunte; me imagino que es, como ayer, a propósito de la señorita Enriqueta...

Jorge se estremeció; una especie de temblor doloroso circuló por sus venas al oír el nombre de la que amaba, el nombre de su prima, en semejante boca.

—Sí, —contestó a pesar de esto—, se trata de la señorita Enriqueta.

—Una gentil dama, señor, y linda como unos amores, y muy amable; hablaba algunas veces hasta cinco minutos conmigo ahí, precisamente en el sitio en que estáis.

Jorge se estremeció de nuevo.

—¿Durante cuánto tiempo ha venido a vuestra casa?

—Durante cuatro meses, señor.

—¿A partir de qué época?

—Desde mediados de diciembre del año último, hasta el 15 de abril de este año.

Recuerdo bien el tiempo, porque el señor Augusto me daba veinte francos al mes por arreglar la habitación y encender el fuego.

—¿Quién es ese señor Augusto?

—Era el amante de la señorita Enriqueta.

—¿No le conocíais más que por ese nombre?

—Nada más, y aún creo que era un nombre de combate que tomaba para estas ocasiones, por el motivo de que era casado.

—¿Sabéis por qué había tomado una habitación en vuestra casa?

—Voy a decíroslo, señor. Yo había puesto a la puerta un anuncio que decía: Bonita habitación amueblada, para alquilar. Una mañana que barría la acera, un lindo carruaje se detuvo delante de mí; un señor se apeó, era el señor Augusto; pero yo no le conocía aún; miró el anuncio y me dijo que quería ver la habitación; le hice subir, y por el camino me explicó que tenía una querida a quien no podía tener en su casa, porque era casado, ni en la de ella, porque vivía con una vieja parienta, y que buscaba una habitación a propósito para sus citas. Cuando hubo visitado el local, que ciertamente no es caro, treinta francos al mes, dijo que le convenía, tanto más cuanto estaba cerca de Saint-Roch, y que la gentil dama fingiría estar en la iglesia mientras iría a verle de tapadillo; ¿comprendéis? Abreviando: me dio cinco francos, y por la noche envió dos butacas de suplemento, forradas de seda magnífica y seis pares de sábanas para la cama, porque las que había no le parecían demasiado finas. Al siguiente día, encendí el fuego a las once, como me había dicho, y a las once y media llegó la señorita; desde entonces, señor, y durante la temporada que os he citado, jamás faltó ni una sola vez. He ahí, señor, la historia de la cosa; si el señor quiere saber algo más, no tiene más que hablar.

—¿Os enseñaron ayer un retrato, verdad? —preguntó Jorge, después de la larga relación de la portera.

—Un retrato de la señorita Enriqueta... sí, señor.

—¿Le encontráis parecido?

—¡Ah! Ya lo creo señor, es como si la viera en un espejo a aquella querida niña. Además, que yo conocía ya ese retrato; lo hicieron en esta misma habitación; el pintor vino tres días seguidos.

—La habitación de que habláis, ¿está ocupada en este momento?

—No, señor...

—¿Podría verla?

—Sí, por cierto; voy a conducirlos a ella enseguida.

La portera tomó una llave y salió de la habitación y seguida por Jorge empezó a subir la escalera. Al llegar al tercer piso se detuvo.

—Aquí es, —dijo.

Abrió una puerta que daba a un pequeño recibimiento que precedía a la única pieza de aquella pequeña habitación, que tenía el aspecto de las casas amuebladas de tercer o cuarto orden. A Jorge parecía odiosa. Las ventanas daban al patio; Jorge se

aproximó a una de ellas, y de pronto retrocedió como debe retroceder un hombre al ser picado por una serpiente, viendo el nombre de Enriqueta de Vauvert trazado con un diamante sobre el cristal. Sin duda la joven, esperando a su amante y distraída por el pensamiento de su amor, había maquinalmente escrito su nombre con la piedra de una pequeña sortija que llevaba siempre en su dedo y que Jorge conocía muy bien. ¡De modo que el primer venido, un estudiante ocioso, alojado lejos del barrio Latino, para evitar hasta la tentación de ir a clase, un hortera, una perdida quizás, podían leer el nombre de Enriqueta trazado sobre el cristal de una habitación sospechosa, en una habitación mal reputada! ¡Era horrible! Con el extremo de su bastón, Jorge rompió el cristal, que cayó hecho pedazos al patio. La portera no se asombró de este arranque; solamente tendió la mano diciendo:

—Vale tres francos, señor; los vidrieros no los ponen por menos.

Jorge le dio una moneda y salió. Estaba sofocado; le parecía que en aquella habitación maldita oía el ruido de los besos de Enriqueta. Parecíale, entre las cortinas del lecho, ver a la joven medio desnuda y temblorosa de voluptuosidad abandonarse a las lascivas caricias de un extraño o de un desconocido.

* * *

La portera le había seguido precipitadamente y le acompañó hasta la calle, haciendo un sin fin de reverencias y saludos. Jorge se volvió.

—¿Me habéis dicho que era a las once a la hora que esa joven venía todos los días?

—Entre once y once y media.

—Y ¿habéis dicho que a partir del 15 de abril no la habéis vuelto a ver?

—Vino aquí por última vez el 14.

Jorge corrió a la casa que la señorita Anastasia de Vauvert y su sobrina habitaban en la calle de Gaillon, casa propiedad de Enriqueta.

¡Allí supo que todos los días a las once, la joven salía con una doncella para ir a oír misa a la iglesia de Saint-Roch!

En fin, que el 15 de abril, la señorita Anastasia de Vauvert y su sobrina Enriqueta, habían abandonado París para ir, como tenían por costumbre todos los años, a pasar una temporada en el castillo.

Capítulo VIII

Al día siguiente de aquél en que fue roto su matrimonio de una manera tan imprevista y tan cruel, el correo de la mañana llevó dos cartas para Enriqueta; las dos tenían el sello de París. Una de ellas, muy voluminosa y lacrada, llamó desde luego su atención. Bajo el primer sobre había una hoja de papel que contenía algunas líneas, después un segundo sobre cercado con tres sellos negros. Las líneas aludidas decían esto:

«Señorita:

Vuestro señor padre, del que, como ya sabéis, tenía el honor de ser el notario, me hizo llamar la víspera de su muerte, y, además de su testamento me ha dejado los papeles adjuntos. Me dio la orden de dároslos o remitíroslos, precisamente al otro día de vuestro matrimonio.

»Desde ayer debéis ser vizcondesa de Juvisy. Mi misión está cumplida. Pongo este depósito en vuestras manos.

»Señorita, soy vuestro atento... etc...».

Enriqueta rompió los sellos del segundo sobre, y reconoció que, en efecto, los papeles que contenía, estaban escritos por el señor de Vauvert. He aquí lo que leyó:

«Siento que mi última hora se aproxima, hija mía, y agradezco desde el fondo de mi corazón al Dios justo y bueno que, dejándome mi entero conocimiento hasta el último instante, me permite arrojar una mirada desolada sobre los errores, las locuras y las faltas de que mi vida está llena, y me pone, en lo que de mí depende, en el caso de reparar algunas de ellas.

»El momento ha llegado de revelarte un secreto que no debe perecer conmigo. No quiero que este secreto lo sepas antes de tu matrimonio, y, en consecuencia, tomo mis medidas».

Al leer estas líneas, Enriqueta vaciló; el notario le había enviado los papeles de que era depositario, porque creía que su matrimonio se había llevado a cabo. ¿No iba, continuando su lectura, a desobedecer a las últimas, a las solemnes voluntades de su padre moribundo? Tuvo un momento en que quiso volver al sobre lo que había empezado; pero no sabemos qué instinto profético le hizo entrever que, sin duda, el secreto que iba a saber influiría en su destino, y le ayudaría probablemente a ver claro en el sombrío misterio en medio del cual se debatía desde la víspera. Pidió perdón a Dios y a su padre de la falta que iba a cometer, y siguió leyendo:

«Voy a hacerte la confesión de una falta, hija mía... ¡de una falta que ha matado a tu madre!, ¡se indulgente para con tu padre, Enriqueta!, ¡para con tu padre, que muere y se arrepiente!

»Cuando tenía veinte años, me casé con tu madre; estaba hacía tiempo bajo la presión de uno de esos lazos ilegítimos, para los cuales el mundo profesa una culpable indulgencia, pero que más frecuentemente arrastran a consecuencias deplorables. Yo había seducido a una joven llamada Paulina Verdier; esta joven pertenecía a las últimas clases de la sociedad, y era maravillosamente hermosa. Yo la adoraba; pero en la época de que se trata, no estaba ligado a ella más que por los lazos de la costumbre. Desde el primer día de mi matrimonio hubiera podido romper estas relaciones; lo comprendía perfectamente, pero no tenía valor para ello. Tomé el más cobarde, el más insensato de todos los partidos; resolví a la vez engañar a tu madre y a mi querida. Digo engañar, porque Paulina me amaba, Paulina estaba celosa, y no me hubiera perdonado mi matrimonio, como tu madre no me hubiera perdonado mi traición. Durante algún tiempo llevé bien mi proyecto funesto. Paulina acababa de darme una hija; se dedicó por completo a su hija, y si algunas veces se asombraba de ver que mis visitas eran cada día más y más raras, más y más cortas, no sospechaba nada sin embargo.

»Tu madre estaba embarazada de siete meses; yo era feliz, tanto como se puede ser, dada mi difícil situación.

»Un día fui, como de costumbre, a casa de Paulina; noté en ella algo de extraño, que no tenía habitualmente; sus ojos estaban enrojecidos, con señales de haber llorado mucho; la interrogué, y se negó a contestarme; quise abrazar a mi hija, y retiró la niña de mis brazos, encerrándose con ella en otra habitación, donde la oí llorar. Interrogué a la doncella de Paulina, y me dijo que desconocía la causa del pesar de su señora, o, al menos, no quiso decírmelo. Tu madre me esperaba y no podía estar allí mucho tiempo por lo tanto; así que me aleje muy inquieto, muy atormentado, pero sin sospechar toda la extensión de la desgracia que me amenazaba. El día transcurrió sin ocurrir nuevos incidentes. Al otro día tu madre fue presa de una fiebre lo bastante violenta para darme alguna inquietud; no quise dejar la cabecera de su lecho. Escribí a Paulina diciéndole que negocios muy importantes me obligaban a ausentarme de París hasta el día siguiente, y que, por lo tanto, le rogaba que no me esperase; después envié esta carta por mi ayuda de cámara, que estaba a mi servicio desde antes de mi matrimonio, que conocía todas mis intrigas y en quien tenía la confianza más absoluta. Este mismo día, a cosa de las cuatro, en el momento en que por primera vez tu madre acababa de dormirse, el ruido de la campanilla de la puerta, agitada con una violencia convulsiva, me hizo estremecer, y despertó a la enferma, sobresaltada; casi al mismo tiempo se oyó mi nombre, pronunciado muy alto, en la pieza inmediata, por una voz de mujer. Quedé pálido como un muerto y pareció que mi corazón dejaba de latir; había reconocido la voz de Paulina. Quise precipitarme a

su encuentro con el objeto de detenerla, pero ya no era tiempo. Paulina había entrado en la alcoba, poseída de espantosa cólera; llevaba a su hija en brazos.

»—¡He ahí los asuntos importantes que os impiden venir a mi casa! —exclamó con amargura e ironía—. ¡Ha sido preciso que venga a buscaros hasta aquí! Quería hablaros, y las palabras expiran en mis labios mudas de vergüenza y de furor.

»—¿Quién es esa mujer? —preguntó tu madre incorporándose con espanto en su lecho.

»—¡Quién soy! —contestó Paulina adelantándose hasta cerca de la cama—, soy la querida de vuestro marido, señora...

»Tu madre se volvió hacia mi lado, y su mirada pareció decirme: Esta mujer está loca, ¿no es verdad? Yo bajé la vista ante esta interrogadora mirada; tu pobre madre lo comprendió todo, y dijo:

»—¡Que se eche a esa mujer!

»—No, señora, —contestó Paulina—; no, señora, no se me echará, vuestro marido no ha de tolerarlo; sabe que tengo tantos derechos como vos, porque si vos sois su mujer, yo soy su querida; ¡si lleváis un ser en vuestro seno, el que yo llevo en mis brazos es su hija!...

»Tu madre lanzó un grito y se desvaneció; cuando volvió en sí, estaba delirando; al cabo de una hora viniste al mundo antes de tiempo; una hora después tu pobrecilla madre había dejado de existir...

»Ya ves, pobre Enriqueta, ya ves que tengo necesidad de implorar tu perdón...».

* * *

Enriqueta había llegado casi a la mitad de su lectura; se interrumpió, porque el relato de la muerte de su madre la había emocionado profundamente y tenía necesidad de tranquilizarse un poco. Al cabo de un instante continuó:

«La noche de aquel mismo día, y mientras yo lloraba al lado del cuerpo aún caliente de tu madre, recibí cuatro letras de Paulina. Me decía que, cierta de no ser amada, no quería sobrevivir a su desesperación.

—Enviad mañana a reclamar mi cadáver a la Morgue, adonde indudablemente lo llevarán, —añadía—, y tened cuidado de mi hija, que es la vuestra.

»Quise dudar de esta nueva desgracia; envié a casa de Paulina; había desaparecido, y al día siguiente, en efecto, las humildes losas de la Morgue contaban con un huésped más. La desgraciada mujer se había arrojado al Sena. Como me lo pedía y era mi deber, tomé el cuidado de su hija, que se llamaba Agustina. Esta niña es tu hermana. La hice educar en uno de los colegios más distinguidos de los alrededores de París. Pero ¡ay!, había heredado el alma demasiado ardiente de su madre y mis pasiones indomables. Su imaginación precoz y depravada, su corazón viciado antes de tiempo, no me permitieron conservarla en un establecimiento honrado, donde se arriesgaba a corromper a sus compañeras. La saqué de allí; al poco

tiempo el resultado era el mismo. Inútilmente la rodeé de una secreta vigilancia; inútilmente, protector desconocido, traté de guiarla en la vida; arrastrada por sus malas inclinaciones y por su fatal belleza, porque, Enriqueta mía, se parece tanto a ti, que sólo en los instintos del corazón y del espíritu difiere, cometió una primera falta. La segunda vino bien pronto; de caída en caída fue tan bajo, que me he visto forzado a abandonarla. Esto ha estado muy mal hecho, lo sé, porque al fin, esa mujer era, hija mía, tu hermana.

»Hoy vive en medio de esas mujeres de costumbres más que ligeras, que habitan por los alrededores de la calle de la Bréda y por los de la iglesia de Notre-Dame de Lorette, de la que han recibido el nombre. No se llama ya Agustina Verdier, ha tomado el seudónimo de *Tormenta*. El último domicilio que le he conocido era en el número 9 de la calle de los Martyrs; quizá no lo haya dejado todavía. En todo caso procura saber lo que ha sido de ella y trata de encontrarla. Tu marido, al que es conveniente que enseñes esta carta, te guiará en tus pesquisas. Vela por tu hermana, con prudencia, sin que ella pueda sospechar cuáles son los lazos que os unen.

»Puede ser que llegues a tiempo de impedir que se arrastre por completo en el fango, o por lo menos retirarla si la pobrecilla ha caído ya. No olvides que corre por vuestras venas la misma sangre. Te recomiendo una vez más, mi muy amada Enriqueta, mucha discreción y prudencia. No obres sin haber consultado con tu marido, y que él solo en el mundo conozca el secreto que te revelo.

»Siento que mis ideas se turban; siento que un espeso velo se extiende ante mi vista..., la muerte llega...

»Deseo que el perdón de Dios y el tuyo alcancen también a ella.

»Adiós, Enriqueta mía... hija querida... adiós... adiós...

Capítulo IX

Después de esta larga y triste lectura, la señorita de Vauvert quedó absorta en dolorosas reflexiones, cuya naturaleza adivinarán fácilmente nuestros lectores. Poco a poco volvió a la realidad de su situación, acordóse de la segunda carta que le habían traído al mismo tiempo que la que acababa de leer, la abrió maquinalmente y empezó a leerla de un modo distraído. De pronto palideció, como había hecho la víspera al leer el billete de Alfredo. Leía las siguientes líneas:

«Sabéis, señorita, con qué objeto dejé ayer el castillo de Vauvert; una hora después de mi partida estaba en París en casa del señor vizconde de Juvisy. Le encontré; EL LO SABE TODO, Y TODO ME LO HA CONTADO. No debo, pues, deciros más, porque hay cosas que de cualquier manera que se digan, son insultos terribles, y no quiero insultaros. Estad segura, señorita, que en lo que dependa del señor de Juvisy y de mí, este fatal secreto jamás se hará público.

»Desgraciadamente no somos solos los que lo poseen... ¡¡Habéis puesto tanta gente en vuestras confianzas!!

»Supongo que encontraréis sencillo y natural que no tenga el honor de volverme a presentar más en vuestra casa.

»Además, dejo a París por algún tiempo, con el señor vizconde Alfredo de Juvisy, mi amigo.

»JORGE DE VIBRAN».

La carta de Jorge se escapó de las manos de Enriqueta, que cayó de espaldas sobre la alfombra, rígida y como herida por el rayo.

* * *

Su desvanecimiento duró muchas horas; cuando volvió en sí, se hallaba en la cama; sentíase quebrantada, pero había vuelto a recobrar la calma. Quiso volver a leer la carta de su padre y la del señor de Vibray; se las trajeron, al mismo tiempo que una tercera que había llegado durante su desvanecimiento. Una mano, que evidentemente desfiguraba su letra, había puesto el sobre.

—¡Es, sin duda, el golpe de gracia! ¡Veamos! —se dijo Enriqueta con la triste sonrisa de un sentenciado resuelto a morir.

Y leyó:

«Amáis a Alfredo; Alfredo os desprecia. Jorge os amaba; Jorge os desprecia. El

mundo os estimaba; el mundo os despreciará pronto. He jurado vengarme, y me vengo».

No tenía firma.

—¡No comprendo! —dijo Enriqueta arrojando aquella carta—. ¡Es a mí a quien se dirige! Es a mí... ¿Yo que jamás he hecho mal a nadie, estoy rodeada de tanto odio e infamias? ¿Qué significan todas estas cartas?... ¿Quién me guiará en medio del dédalo en que me pierdo? ¡Dios mío! ¿Es que mi cabeza enloquece? ¡Aquéllos a quienes amo, me hablan de desprecio!... ¡los que no conozco, me hablan de odio y de venganza! ¡Dios mío, protegedme! ¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡Dios mío, socorredme!, ¡iluminadme!

Enriqueta, medio desnuda, se sentó sobre el borde de la cama, ocultó su ardorosa cabeza entre sus manos y rompió a llorar amargamente. Después, una energía febril reemplazó a su profundo abatimiento.

—¡No quiero permanecer más aquí! —exclamó—; quiero volver a París..., buscar a esa hermana de que me habla mi padre, encontrarla, verla y amarla... ¡Ha cometido algunas faltas, dicen! ¡Dios mío!, ¡y de mi también se dice que las he cometido! ¡Mi padre la ha abandonado, como me abandonan hoy! ¡Puede ser que no sea más culpable de lo que soy yo! ¡Debe sufrir como yo! Lloraremos juntas, puesto que las dos somos desgraciadas...

Enriqueta se vistió rápidamente; dejó su habitación y fue a reunirse a la señorita Anastasia de Vauvert, su tía, y le participó su deseo de volver a París acto seguido. La señorita Anastasia no podía tener la idea de oponerse a una voluntad de Enriqueta, sobre todo en un momento parecido. Al día siguiente por la mañana las dos mujeres partieron para París.

* * *

Amar a una mujer con todas las fuerzas del alma y de la juventud; amarla con respeto, con adoración... y saber un día, ¡día de desgracia!, que esa mujer es un mortal, y que este ángel es un ángel caído... esto despedaza el corazón y hace sentir con cólera el haber arrojado tesoros de ternura a los pies de barro de un ídolo con cabeza de oro; después, la tristeza y la desesperación suceden a la cólera. Se llora, al ver tan bajo lo que se había colocado tan alto. Se desespera al despertar en la tierra después de haber soñado en los cielos, y algunas veces se duda, no se puede creer en la muerte de todas las ilusiones, se espera contra la evidencia. Lo que más de una vez ha pasado en nuestro corazón, en el de los que esto leen quizá, pasaba en el corazón de Jorge.

Después de largas y desoladoras reflexiones, seguro de la falta de su prima, tanto como se podía estar de una cosa en este mundo, llegó sin embargo a decirse:

—¡Pero no!, ¡es imposible! ¿Dónde, pues, esta mirada tan leal y tan franca

hubiera tomado la mentira? ¿Cómo esa joven, una casi niña, hubiera hecho para no enrojecer?

Los principios tan puros, las creencias tan sólidas en las que ha sido educada, ¿quién se las hubiera podido hacer olvidar tan pronto?... Y además, ese hombre a quien se acusa de haber sido entregada, ¿dónde lo habría conocido? ¿Por qué lo había amado?

Y llegaba sin cesar a esta conclusión, siempre la misma:

—¡No!, ¡no!, ¡es imposible!...

—¡El día de su matrimonio, —se decía aún—, cuando se recibió la carta de Alfredo, al saber que todo se había descubierto, si hubiera sido realmente culpable, no hubiera leído en voz alta aquella carta acusadora, y sobre todo, no me hubiera aceptado por defensor! ¡Debe ser inocente!... ¡es inocente, estoy seguro! Es preciso que la vea, es necesario que la hable y que se justifique.

Jorge, encontrándose en disposiciones parecidas, no tuvo gran trabajo en hacer nacer un pretexto para dejar al señor Juvisy y dejarle continuar solo el viaje que habían empezado juntos.

Volvió a París, y apenas hubo llegado, montó a caballo y corrió al castillo de Vauvert, donde supo que la señorita Anastasia y su sobrina habían vuelto hacía cuatro días a su hotel de la calle de Gaillon.

Capítulo X

Agustina Verdier, o mejor dicho *Tormenta*, puesto que en el mundo de la galantería era conocida generalmente por este sobrenombre, a manera de las Magador, las Frisette y las Rose-Pompon, no vivía ya en el número 9 de la calle Neuve-des-Martyrs. En el momento en que vamos a trabar conocimiento con ella, habitaba en el sexto piso de una casa recién construida en la calle de Navarin.

Era la una de la tarde, y *Tormenta*, todavía acostada, hablaba con su doméstica, rollando entre los dedos una pequeña hoja de papel satinado. Diremos que, como la mayor parte de sus hermanas en amores, *Tormenta* vivía con su doncella en una intimidad tanto más grande cuanto que las soldadas de la camarera eran muy inexactamente pagadas, y que el ama compensaba la penuria económica por las dulzuras de una intimidad encantadora.

—¿De modo, Josefina, —dijo *Tormenta*, señalando el papel que tenía en la mano —, que tú no adivinas de quién puede venir esto?...

—A fe mía que no.

—¡Enriqueta de Vauvert! Es la primera vez en mi vida que oigo pronunciar este nombre.

—Y yo también.

—Esa dama, que me ruega que le haga el honor de ir a ver hoy a las tres. Es extraño.

—¿No es alguna de vuestras antiguas amigas de colegio, por casualidad?

—No lo creo; en los dos que he estado, no he conocido a ninguna Enriqueta de Vauvert.

—¿Qué es lo que puede querer esa dama?

—¡Ah!, ¡he ahí! Si lo supiéramos, sabríamos probablemente tanto como ella.

—¡Esto me da que pensar!

—¡Y a mí! A propósito, ¿qué hora es?

—¿Cómo queréis que os lo diga, si hay ausencia general de relojes?

—¡Ah!, ¡caramba!, ¿qué es lo que quieres?, ¡el clavo ha funcionado; los destinos y los amantes han cambiado, querida mía!, ¡después de la opulencia, la estrechez!

—¿A quién lo decís?, ¡ay!

—Si esa señora me prestara algún dinero...

—¡Ah! ¡Dios os oiga!

—¡Sería gracioso! Retiraría mi reloj de *peñaranda*...

—Y el mío, que vos me le habéis hecho llevar.

—Pagaría los dos meses de alquiler...

—Y mis soldadas también, supongo.

—¡Oh!, desde luego; tú, Josefina, tú siempre hablas de tus soldadas.

—¡Tate!... tres meses, a treinta francos, hacen noventa francos; ya lo sabéis, sin contar las propinas.

—¡Bien! Se te pagará todo, ¡Dios mío! Tus noventa francos..., y las propinas también...

—Sí... pero ¿cuándo?

—En cuanto haya dinero.

—La semana que no tenga viernes.

—¡Dios, qué bestia eres, hija mía! Ves, tengo una idea cómo de que seré rica la semana que viene.

—¡Oh!, ¡vos siempre tenéis esa idea! ¡Nada os inquieta ni atormenta!

—¿Y de qué me serviría atormentarme?, ¿para qué hacer palidecer mis mejillas y enrojecer mis ojos?

—Y ¿de qué os sirve el estar tan alegre como estáis, puesto que no os reporta, preciso es decirlo, nada?

—¡Por de pronto me sirve para estar alegre, y esto es mucho; después el cambio vendrá, la pobreza no es eterna, querida mía! La mujer Moise que me ha echado las cartas ayer, me anunció un amante, moreno y con dinero a mares... para la próxima semana.

—¡Ah! Si las cartas han dicho eso, ya es diferente.

—Veamos, Josefina; ve a preguntar qué hora es a la vecina de enfrente. Quiero ir a la calle Gaillon, a casa de esa dama; quiero ser exacta, y es necesario que almuerce antes.

—Voy.

Josefina salió, volviendo enseguida.

—¿Y bien? —preguntó *Tormenta*.

—La una.

—¡Y mi cita es para las tres! ¡Cáspita! No tengo tiempo que perder.

La *loreta* saltó de la cama.

—Dame unas medias, —dijo a su doncella.

—Helas ahí.

—Están rotas; quiero otras.

—No hay más.

—¡Cómo no hay!, ¡tengo siete pares!

—Sí; pero la lavandera se niega a devolverlas. Se le deben cuatro cuentas.

—Entonces da un punto en éstas. ¿En qué estado están las botas azules?

—Muy rotas.

—¿Y las verdes?

—Torcido el tacón izquierdo.

—¿Cómo lo haremos?

—No sé.

—Y de guantes... ¿tengo guantes, Josefina?

—Ni un par. Vinisteis anoche de Mabilie con las manos desnudas.

—Lo sé; perdí en el camino el par que Víctor me compró hace tres días; no puedo, sin embargo, ir a casa de esa señora, sin guantes y sin botas.

—¡El caso es que es difícil!

—Doce francos de botas y dos cincuenta de guantes, hacen catorce francos con cincuenta céntimos. Me es precisa esa cantidad, Josefina...

—Lo comprendo. Si yo la tuviera, sería quizás lo bastante tonta para dáosla todavía, pero no la tengo.

—Pídela.

—¿A quién?

—A quien tú quieras.

—Encontraría antes la piedra filosofal que catorce francos.

—¡Pues bien! Empeñaremos alguna cosa.

—¿Qué, si no hay nada aquí?

—Te se figura a ti.

—Entonces mostradme los objetos, y yo me encargo de pulirlos enseguida.

—Vas a ver.

Y *Tormenta* corrió al armario de espejo y lo abrió. Estaba vacío; la cómoda, explorada en todos sus rincones, no dio resultado más satisfactorio; la joven, en camisa, entró en el salón que estaba desamueblado, exceptuando los muebles grandes que el propietario tuvo buen cuidado de no dejar salir, sin el pago íntegro de los alquileres que se debían.

—¡Nada!, ¡nada!, ¡nada! —murmuró *Tormenta*.

—¿Qué es lo que decís? —preguntó Josefina.

—¿Cómo hacerlo, ¡Dios mío! Cómo hacerlo?

En este momento llamaron a la puerta.

—Ve a ver quién hay, —exclamó *Tormenta*—; y si es un acreedor, di que no estoy.

—No tenéis necesidad de recomendármelo. ¡A Dios gracias, sé velar por vuestros intereses!

Josefina fue a abrir, y *Tormenta* se quedó en su habitación.

Al cabo de un segundo la primera reapareció.

—¿Quién es? —preguntó *Tormenta*.

—Quizá vuestros quince francos.

—¡Bah!, ¿en la persona de...?

—En la persona del señor Anastasio.

—¿Ese colegial que vive enfrente con su mamá, ese imbécil que me envía declaraciones tan estúpidas y que no hace más que mirarme cuando estoy en el balcón?

—Precisamente.

—¡Pero, querida mía, si no tiene un franco!

Siempre tiene quince francos.

—Y ¿dónde está ese señor?

—En la puerta. Le he dicho que dormíais todavía y que iba a veros; está esperando.

—Hazle entrar en el salón y ven a vestirme.

—Cuanto más pronto estéis vestida, más pronto tendréis vuestro dinero...

—Tienes razón; voy a ponerme sólo un peinador.

—Despachad, porque el tiempo pasa.

—Es cuestión de un segundo.

Tormenta, a quien no describiremos, recordando buenamente a nuestros lectores el retrato de Enriqueta, su hermana, de la que era viva imagen, como ya sabemos; *Tormenta*, decimos, se envolvió a medias en un peinador blanco entreabierto, y fue a reunirse al salón al señor Anastasio, joven de unos veinte años, tenido muy sujeto por una madre muy rigurosa, y que no había podido, a pesar de sus piadosos consejos y ejemplos edificantes de que sin cesar le rodeaba, resistir a los encantos profanos de la *loreta*, su vecina de enfrente. Cuando *Tormenta* entró en el salón donde le esperaba, el joven enrojeció de pudor y emoción; la *loreta* le saludó con un ligero movimiento de cabeza y se dejó caer graciosamente en un diván delante de él.

Anastasio quedó sin saber qué hacer ni qué decir.

—Sentaos, —dijo la joven.

Anastasio obedeció.

—¿A qué motivo debo el placer de vuestra visita, mi querido señor? —preguntó *Tormenta* con provocativa coquetería.

—¡Señorita!... —dijo Anastasio.

Pero la voz le faltó para continuar; la declaración escrita le era familiar; la verbal le turbaba.

—¿Y bien?... —preguntó *Tormenta* con una sonrisa lo más provocativa que darse pueda.

Anastasio abordó la situación de lleno.

—Señorita, —repuso—, soy vuestro vecino de enfrente.

—Lo sé; os he visto muy a menudo... mirabais algunas veces de un modo... muy extraño.

—Veros y adoraros fue para mí cuestión del momento, —continuó Anastasio—, y no he podido resistir al ardiente deseo de expresaros mis sentimientos...

—¿De modo que me amáis?

—¡Con toda mi alma!, ¡y para toda la vida!

—¡Eso es muy largo! —exclamó *Tormenta* con un espanto cómico y una sonrisa encantadora.

—¡A mí me parece demasiado corto a vuestros pies!

—Sois muy galante, señor Anastasio.

—No, señorita, soy sincero.

—Y vos quisierais, sin duda, que por mi parte...

—¡Me amarais!, ¡oh sí!, ¡oh sí! —exclamó el joven terminando la frase que *Tormenta* había dejado interrumpida con mucha escuela.

—¡Y bien, no digo que no! Siento por vos alguna inclinación, y cuando nos conozcamos mejor...

—¡Oh felicidad!

—Esperando, os autorizo a que me invitéis a comer para uno de estos días, el que vos queráis... Soy perfectamente libre en este momento.

Y al pronunciar estas dulces palabras que hacían estremecer de alegría el enamorado corazón del colegial, *Tormenta*, por una inadvertencia admirablemente calculada, se olvidó de ajustar el peinador contra su pecho y dejó entrever, al ojo turbado de Anastasio, los tesoros de una garganta encantadora. El pobre muchacho se sentía desfallecer; en este momento la doncella llamó ligeramente en la puerta del salón.

—Entrad, —dijo *Tormenta*.

Josefina entró.

—¿Quién hay? —preguntó la *loreta*.

—Vienen a cobrar las botas.

—¿Traen la factura?

—Sí, señora.

—Bien; toma del armario de luna el billete de quinientos francos y vete a cambiarlo.

—Lo he tratado de hacer esta mañana y no hay cambio en el barrio.

—¡Qué contrariedad! —dijo *Tormenta*.

Después añadió, volviéndose hacia Anastasio:

—¿Tendríais por casualidad, sobre vos, quinientos francos?

—Sólo llevo veinte francos —dijo Anastasio enrojando hasta el blanco de los ojos.

—¡Veinte francos! Precisamente lo que me es preciso; esto me evitará el enviar a cambiar al *boulevard*. Josefina, toma los veinte francos de este señor; tendrás cuidado, hija mía, de devolvérselos hoy mismo.

Josefina dio dos pasos y tendió la mano. Anastasio entregó sus cuatro piezas de cinco francos, con una alegría mezclada de gran pesar, porque su candidez, por grande que fuese, no le hacía pensar en la creencia de la restitución anunciada.

—Querido señor Anastasio, —dijo *Tormenta* tan pronto como Josefina hubo salido con el dinero—, me veo obligada a dejaros en este momento, porque tengo una visita que hacer y me reclama mi tocado; pero no tengo necesidad de añadir que todas las veces que queráis venir a verme, seréis bien recibido.

Hablando así, la joven había dejado su diván, acompañando hasta la antecámara a Anastasio, al que puso con mucha política, pero literalmente, en la puerta. Enseguida

entró en su alcoba, donde se hallaba Josefina preparando la ropa y el sombrero de su ama.

—La jugada está hecha, —dijo *Tormenta* con alegría—, tendré todo lo que me hacía falta, y aún me quedará dinero para ir en carruaje. ¡Viva el rumbo! Dame de comer, hija mía.

Después, mientras que Josefina iba a hacer las compras indispensables, para las que el joven Anastasio acababa de proveer tan liberalmente de fondos, *Tormenta* almorzó, y empezó su tocado con el objeto de estar a las tres en la calle de Gaillon, en casa de Enriqueta de Vauvert, su hermana.

Capítulo XI

Retrocedamos algunos años.

El señor de Vauvert, después de la muerte tan imprevista como terrible de su mujer y de su querida, se encontró con dos hijas, Enriqueta y Agustina.

Ante el que dirán del mundo, no podía hacer educar a su bastarda con su hija legítima, sobre todo siendo la bastarda nacida en circunstancias tan deplorables; Agustina fue, pues, enviada a casa de una nodriza en Fontenay-aux-Roses.

A la edad de cinco años, el señor de Vauvert la envió a la casa de unos colonos de una tierra que tenía en Touraine, y dijo a estas buenas gentes que Agustina era la hija de uno de sus antiguos amigos, muerto en la miseria, y que en el lecho de la agonía le había recomendado a su hija, cuyo cuidado tomaba por caridad; esta historia era muy verosímil y los colonos la creyeron ojos cerrados. Hasta los trece años aproximadamente, Agustina vivió en el campo, al aire libre, haciendo la vida salvaje de las campesinas. Esta existencia dio a la niña una salud vigorosa, sin carecer, sin embargo, de la elegancia natural de sus formas, y desarrolló sus fuerzas físicas dejando completamente incultas sus facultades intelectuales.

El señor de Vauvert era rico, y he aquí cuáles eran sus proyectos con respecto a Agustina. Contaba con hacer dar a su hija natural una educación, sino muy brillante, al menos sólida y suficiente; después, cuando hubiera llegado a los diez y ocho años, constituirle una dote de cien mil francos, y casarla con un buen muchacho que la hiciera feliz. Se ve que Agustina no tenía más que dejar hacer para llevar una vida perfectamente tranquila y dichosa; pero la casualidad, la fatalidad si se quiere, de cualquier modo que se llame esa fuerza invencible que nos dirige a pesar nuestro, a lo que parece, había decidido otra cosa. A los catorce años Agustina fue enviada a un colegio situado en Auteuil; el primer año se pasó bien, Agustina era, a la verdad, indócil y rebelde; notaba la falta de libertad, su campo, sus pájaros, sus paseos por el bosque; todo estudio le era insoportable; sus maestros le parecían tiranos; sus libros, enemigos mortales. Pero poco a poco, empleando con sabiduría ora la dulzura, ora la severidad, se fue dominando el carácter rebelde de la fogosa niña.

Una vez que hubo querido estudiar, aprendió más que las otras condiscípulas; su inteligencia y aptitud asombrosa encantaban: se la citaba como un prodigio y la ponían como ejemplo a sus compañeras. Pero he aquí que la niña, un día cambió por completo. Cesó de mezclarse en los juegos de las demás pensionistas; se la veía por la tarde, errante, sola por los paseos más retirados del jardín del colegio; ya no aprendía, ni jugaba, ni hablaba; aislábase con sus misteriosos pensamientos, que algunas veces venían a colorear sus mejillas y a velar su mirada, otras veces tan viva y alegre. La edad de la pubertad empezaba para Agustina; la niña se hacía mujer.

* * *

El estado de cosas que hemos relatado en las páginas anteriores duró algún tiempo, hasta que una nueva pensionista hizo su entrada en la casa de Auteuil. La recién llegada tenía diez y seis años, llamábase Matilde, era alta, delgada y morena; era realmente hermosa.

Era imposible ver un contraste más grande que el de la espléndida y pujante belleza de Matilde, con la de la rubia y pálida Agustina. Nada más debía, según la apariencia, ser más contrario que los caracteres de las dos jóvenes. Y sin embargo, quizás en virtud del viejo proverbio que dice que los extremos se tocan, desde el día de su llegada, Matilde demostró por Agustina una preferencia de lo más marcada; al día siguiente ya eran amigas, y al otro, inseparables. Sin embargo, era imposible que ciertas sospechas no se despertaran; estas sospechas tardaron en nacer, y crecieron lentamente. La acusación de que se trataba era tan inaudita, tan inverosímil, tan contra la naturaleza, que los espíritus no se atrevían a formularla. Pero bien pronto estas sospechas se convirtieron en desoladora certidumbre. La prueba que se buscaba, se encontró. Fue preciso cortar el mal de raíz; pero, por encima de todo, evitar el escándalo, para que la reputación del colegio, hasta entonces excelente, no fuera menoscabada. Matilde y Agustina fueron despedidas bajo un fútil pretexto. Una carta instruyó al señor de Vauvert de los motivos de esta despedida; él creyó en un mucho de exageración en el relato de los hechos que de aquel modo le revelaban, y, después de haber dejado a Agustina pasar tres meses en la casa de campo en la que había sido criada, resolvió ponerla en otro colegio. El elegido por el señor de Vauvert era uno bastante célebre, situado en la calle de Saint-Honoré. Un inmenso jardín se extendía por detrás y ofrecía a las jóvenes pensionistas un lindo sitio de recreo. Por tres lados, el jardín daba a terrenos sin edificar, y por el cuarto, lindaba con otro jardín, en medio del cual se elevaba una casa particular; pero por este lado, la muralla del recinto era muy elevada y una espesa arboleda protegía los juegos de las colegialas de las miradas indiscretas.

El señor de Vauvert, sin entrar en detalles que hubiesen hecho imposible la admisión de Agustina, la había hecho recomendar a la directora de un modo muy particular, como teniendo instintos que podían fácilmente degenerar en mal, y sobre los que era muy urgente velar. Una intimidad demasiado grande con alguna de sus compañeras, debía también evitarse en lo posible. Las precauciones tomadas con ella y la especial vigilancia de que era objeto, exasperaron a Agustina, que prometió sustraerse a ella lo más pronto que le fuera dado; pero en su precoz desarrollo tuvo bastante imperio para disimular sus sentimientos y para fingir una sumisión completa y una resignación ejemplar. La ocasión deseada tan vivamente no se hizo esperar.

La casa de que hemos hablado, y que se elevaba en medio del jardín contiguo al del colegio, pertenecía al viejo duque de La Motthe-Hardy, que tenía tres hijos, de los

que el mayor, Héctor, que tenía diez y ocho años, se citaba como uno de los más guapos muchachos de París.

En el jardín de la casa La Motthe-Hardy, y casi tocando al muro del recinto, había un viejo tilo, cuyas nudosas ramas se extendían hasta el coronamiento de la muralla. Un día los jóvenes hermanos de Héctor imaginaron hacer atar una cuerda por dos sitios de una de estas ramas y establecieron de este modo un columpio bastante cómodo. Al siguiente de este día, el primogénito del duque hallábase solo en el jardín, y oyendo al otro lado de la tapia las risas sonoras de las pensionistas, cuya hora de asueto había empezado en aquel momento, tuvo idea de aprovechar su ciencia gimnástica subiéndose por la cuerda del columpio; llegó así a la rama principal del árbol, sobre la que anduvo con la seguridad de un equilibrista de profesión, hasta que, perfectamente oculto por el ramaje, pudo contemplar a su gusto la multitud de jóvenes, que ignoraban las observaba una mirada profana. Agustina estaba sentada sola en un banco en el extremo del jardín, y como de costumbre, acariciando su idea fija: la conquista de su libertad. Ahora bien, el banco en cuestión se encontraba precisamente enfrente del tilo sobre que Héctor estaba subido; Agustina atrajo naturalmente su atención, y como la joven era lo bastante bonita para fijarla, Héctor no se ocupó más que de ella. Pasaron dos pajarillos por el aire; Agustina levantó la vista para seguirlos en su vuelo, y sus miradas tropezaron con Héctor; el primer movimiento de éste, al verse descubierto, fue el de retirarse precipitadamente; pero como pronto se apercibió de que la joven no sólo no se alarmaba, sino que seguía en su sitio y continuaba mirándole, se contuvo. Parecióle que una ligera sonrisa se dibujaba en los labios de rosa de la colegiala; su audacia entonces no conoció límites; apoyó resueltamente el extremo de sus dedos en su boca y envió un beso en dirección a Agustina, que enrojeció a pesar suyo, bajó los ojos y no devolvió el beso, aunque tampoco hizo ningún gesto de descontento o desagrado. Héctor no cabía en sí de alegría; ya combinaba en su cabeza un plan de estrategia amorosa. Sonó el tañido de una campana, y las pensionistas, esparcidas por el jardín, tomaron todas el camino de la casa, adonde el estudio las llamaba. Agustina las siguió lentamente, como contrariada, y volviéndose a cada paso para mirar todavía al joven que no cesaba de enviarle besos. ¿Tendremos necesidad de añadir que Héctor descendió de su árbol, tan enamorado como es posible estarlo a los diez y siete años?

La tarde de aquel mismo día se vio obligado a salir con el duque su padre, lo que le desconsoló por no poderse entregar a sus pensamientos.

Al día siguiente, la alegría de Agustina no reconoció límites al ver a Héctor en el árbol a la hora de recreo. El joven había pasado parte de la noche en escribir cartas ardientes, que rompía al concluir las, porque no las encontraba bastante expresivas. Sin embargo, al fin produjo una epístola que casi le satisfizo; en aquella carta declaraba su amor en términos muy fuertes, juraba una constancia eterna y un desenlace feliz. Una vez terminado el billete, lo enrolló alrededor de una bala de plomo, y esperó con gran impaciencia el momento que había de salir de sus manos.

Héctor se había instalado en la rama cuando Agustina fue a sentarse al sitio acostumbrado. El joven le hizo una señal que ella comprendió; tendió su delantal, en el que cayó la bala envuelta en el amoroso papel. Hecho esto, Agustina se retiró un poco para leer el misterioso billete, que enseguida guardó en el seguro y lindo santuario de su pecho. Cuando volvió, sus ojos estaban animados de una manifiesta y poco contenida satisfacción. Héctor, forzado a guardar silencio, porque si se hubiese oído el ruido de su voz, pronto le hubiera hecho traición, Héctor, decimos, recurrió a la pantomima. Su gesto significó:

—Contestadme.

A lo que Agustina replicó de igual manera:

—Quisiera, pero ¿cómo hacerlo?

—Esperad un instante, —murmuraron los labios, mejor dicho, los ojos del joven.

Y dejó su sitio de observación para descender al jardín, donde cogió el hilo de una cometa de sus hermanillos, y en uno de los extremos ató un guijarro; enseguida volvió a subir al árbol, desde donde dejó bajar dulcemente el guijarro seguido por el hilo, hacia el lado de Agustina; el aspecto de su fisonomía quería decir:

—Atad vuestra contestación al extremo de este hilo conductor.

—Sí, —contestó Agustina con un movimiento de cabeza.

La campana sonó de nuevo, y la joven se vio obligada a abandonar el jardín.

* * *

Cuando el recreo de la tarde volvió a poner en comunicación a los dos enamorados, la primera acción de la precoz colegiala fue prevenir a Héctor de que tenía la respuesta. Él la tomó y leyó; era todo lo que podía desear. Hubiera espantado a un hombre hecho, al que la experiencia hubiera permitido juzgar la espantosa depravación de esta niña de quince años que escribía, ¡os amo!, a un extraño a quien veía por tercera vez; pero Héctor era un chiquillo, sin mundo, y no podía prever las tiernas palabras de Agustina.

Esta correspondencia duró una semana; las entrevistas mudas no podían bastar a los dos amantes. Conocemos el carácter y temperamento de la joven, y como a éste se añadiera el que Héctor la suplicaba encontrase un medio para que se vieran juntos y no separados por el muro como hasta entonces, la joven le escribió lo que sigue:

«Encontraos mañana, a las diez de la misma, con un carruaje, en la calle Saint-Honoré, a cincuenta pasos de la entrada del colegio.

»Procurad también un sitio cualquiera donde ocultarme, porque una vez salida de aquí, no quiero volver a entrar.

»AGUSTINA».

Capítulo XII

Héctor, al leer estas líneas, creyó ver el cielo abierto ante él. No reflexionó ni un segundo la extrema gravedad de lo que iba a hacer; y las terribles consecuencias que la joven podía acarrear para él. Pero ¿era culpable? ¡Diez y ocho años y el amor!... ¡qué motivos!...

Agustina había combinado perfectamente su plan, y lo ejecutó con rara audacia y habilidad.

He aquí cuál era este plan:

Al otro día, que era el fijado por ella a Héctor para el cumplimiento de su fuga amorosa, era jueves, primer jueves de mes. Este día todas las pensionistas cuyas familias estaban en París, o a las que iban a buscar amigos de sus familias, con la competente autorización de éstas, por supuesto, podían salir del colegio desde las diez y media de la mañana hasta las diez de la noche, con las personas que venían a buscarlas. Un pase, firmado por la superiora, se daba a cada pensionista antes de salir, y el portero abría la puerta ante aquel documento. Agustina, que había ensayado para imitar la firma de la superiora y que había llegado a fuerza de cuidados a reproducirla de una manera casi idéntica, se fabricó un falso pase. Enseguida vistióse como para salir, se unió a un grupo de pensionistas que salían con sus familias y exhibió su pase al portero que la dejó salir sin la menor dificultad, y se encontró en la calle. A cincuenta pasos apercibió un carruaje, cerca del cual estaba Héctor paseando. Subió al coche, se bajaron las cortinillas, y el joven condujo a su conquista a una habitación amueblada que había alquilado para ella en la entrada de la calle de Provenza.

No vamos a entrar en el detalle de las escenas amorosas que ocurrieron; la inteligencia de nuestros lectores lo suplirá.

La policía estaba sobre aviso. La desaparición de Agustina había causado en el colegio un escándalo inaudito; todas las madres retiraron precipitadamente a sus hijas de aquel asilo profanado, y los comisarios y agentes hicieron toda clase de pesquisas en sus barrios y distritos para hallar a la fugitiva.

Como Héctor había tomado la precaución de alquilar bajo nombre supuesto la habitación de su querida, como las jóvenes que viven solas son tan numerosas en París, como Agustina no salía nunca, y como, en fin, la casualidad vino en ayuda de los dos amantes, las pesquisas de la policía fueron infructuosas.

Héctor no había dejado el hotel de su padre; solamente que salía con la mayor frecuencia posible, y todas las noches encontraba medio de escapar furtivamente para ir a reunirse con Agustina. El duque se apercibió muy pronto de que su hijo cambiaba de una manera notable; adivinó que el amor andaba por medio, y dio a Héctor una lección de moral fácil, en la cual le demostraba que el uso inmoderado de ciertos

placeres, sobre todo en la primera juventud, conducía rápidamente a una postración completa, a una vejez anticipada y, en fin, a un mal sin remedio. Héctor no tomó en cuenta estos consejos y continuó llevando una vida que no tardó en atacar muy rudamente a su salud. El duque tomó el partido de guardarlo en el hotel, y dio orden terminante de no dejarle salir. Resultó de esto, que Héctor, durante la noche, cogió de la mesa de su padre cuatro billetes de mil francos y algunas monedas de oro, saltó los muros del jardín y se reunió a Agustina, con la que, al amanecer del día, antes de que pudiera ser notada su ausencia, partió para Lyon, adonde llegaron sin novedad.

Durante dos meses, tiempo que duraron los cuatro mil francos, la existencia de los dos jóvenes fue lo más alegre y encantadora del mundo; después Héctor empezó a inquietarse por el porvenir; Agustina no tardó en dejarlo. Se había enamorado de un joven actor del teatro de Celestins, y desapareció una mañana con él, sin decir adiós. El actor y la joven se habían ido a Marsella.

En cuanto a Héctor, no tenía otra cosa que hacer que volver a París, y esto es lo que hizo.

El duque, su padre, al verle volver confuso y desolado, lo recibió como al hijo pródigo.

* * *

Agustina pasó algunos meses en Marsella, hasta que en el próximo invierno, su esposo interino se dijo que en París, la ciudad de las artes y de los artistas por excelencia, reclamaba su talento de primer orden.

Dorival, que así se llamaba el sujeto en cuestión, llegó, pues, a la capital de Francia para buscar una colocación, o mejor dicho, dos colocaciones, porque Agustina quería debutar también. Después de muchas pesquisas sin resultado, Dorival obtuvo en el teatro Beaumarchais, cincuenta francos al mes para él, y veinticinco para su compañera. Con este dinero vivieron como se vive en París con setenta y cinco francos mensuales.

De pronto la fortuna pareció sonreír a la joven. La policía, que por casualidad la descubrió, previno al señor Vauvert, que la señorita Agustina, actriz del teatro de Beaumarchais, era la misma señorita Agustina fugada del colegio del barrio Saint-Honoré, buscada inútilmente tanto tiempo.

El señor de Vauvert, instruido por otra parte del estado de la joven, su hija natural, le remitió doscientos francos y una carta en la que le anunciaba que cada mes recibiría una suma igual, hasta el momento en que sus desórdenes, demasiado grandes, obligaran a su misterioso protector a abandonarla y a cesar de enviar la pensión. Con los doscientos francos mensuales, que caían como llovidos del cielo a su querida, Dorival se consideró rico. En vista de los abusos que trató de hacer, la joven no se quiso dejar dominar por un amante, y se largó con un *gentleman* de contrabando, hijo único de un droguero de la calle de Lombars, al que conoció en el

teatro, donde la agasajaba con ramilletes de flores.

Después de este amante tuvo otro y otros; Agustina, puesta ya en la pendiente, no se detuvo. La pensión del señor de Vauvert dejó de ser pagada; entonces Agustina no tuvo otro recurso que vender sus encantos y se hizo meretriz. Dejó el teatro y fue a vivir al barrio de Bréda. Allí sus fortunas fueron diversas; su impetuosa danza en Mabilie y en Ranelagh le proporcionaron el sobrenombre de *Tormenta*. Fue célebre, pero la celebridad de este género en París no se conserva siempre. Su vida estaba compuesta por las intermitencias del lujo y la miseria.

En este último estado se hallaba cuando la ocurrió la aventura que vamos a relatar.

A principios del mes de marzo de 1847, *Tormenta*, en un hermoso día, había salido de su casa bastante temprano. Había formado el proyecto de ir a ver a dos o tres amigas; pero sobre todo y desde luego, evitar, por su ausencia, las reclamaciones y escándalos de sus acreedores que no la dejaban en paz.

Serían las cuatro y media de la tarde, cuando *Tormenta*, después de haber andado todo el día, se disponía a volver a su casa, porque se acercaba la hora de comer y el paseo la había abierto el apetito. La *loreta* descendía melancólicamente por el *boulevard* Poissonnière, con el objeto de tomar la calle de Montmartre, que debía conducirla a la de Navarin, a pie, cuando se cruzó con un doméstico de bastante buen aspecto, con librea azul y escarapela negra en el sombrero. Este criado, a quien ella no conocía entonces, lanzó una exclamación de sorpresa al verla; después continuó su camino, pero de pronto se dio un golpe en la frente, volvió sobre sus pasos y siguió a la joven hasta verla entrar en su casa. Cuando hubo transcurrido el tiempo preciso para que subiera, entró, dio dos francos al portero, el que le enteró de cuanto quiso saber. Enseguida tomó nota del nombre de la calle y número de la casa y se alejó.

Este criado era Francisco, el ayuda de cámara del señor Eugenio Lascars.

* * *

Al día siguiente al medio día llamaban en casa de *Tormenta*; la puerta fue abierta por Josefina, doncella que ya conocemos.

—¿Es aquí dónde vive la señorita *Tormenta*? —preguntó el visitante.

—Sí, señor.

—¿Podría verla?

—Sí, señor.

Una rápida mirada bastó a Josefina para asegurarse de que el recién llegado era un joven y guapo muchacho, muy elegante y que parecía rico; así que las tres afirmaciones se sucedieron sin vacilar. Abrió la antecámara, y preguntó:

—¿Qué nombre anuncio a la señora?

—Señor Augusto.

—¿Augusto qué?

—Augusto, basta; vuestra señora no me conoce.

—Puesto que basta, esperad un minuto.

Josefina fue a prevenir a *Tormenta* que había introducido al señor Augusto en el salón, donde la *loreta* no tardó en reunírsele.

El señor Augusto, o mejor dicho, Eugenio Lascars, a quien nuestros lectores habrán ya reconocido, quedó estupefacto, como lo había quedado la víspera Francisco, su criado, al ver el maravilloso parecido que había entre *Tormenta* y Enriqueta de Vauvert.

Como *Tormenta* pareciera esperar a que él explicara el motivo de su visita, empezó el joven por cogerle la mano y llevarla a sus labios, y siguió del modo siguiente:

—Dios mío, señora, —dijo con una apariencia de buena fe y franqueza, hábilmente representadas—; no estoy muy fuerte en hablar, y sobre todo, en hablar de amor; no conozco cosa más tonta que una declaración; debéis estar acostumbrada a que os digan que sois encantadora, y repetíroslo resultaría monótono; así que sólo me limitaré a haceros lisa y llanamente esta pregunta: ¿Podéis y queréis ser mi querida?

—Pero, señor... —exclamó *Tormenta* asombrada por este modo de empezar.

—Quizás no me he expresado de una manera suficientemente clara; voy a completar mi pensamiento, —continuó Eugenio.

—Cuando digo: ¿podéis?, entiendo la circunstancia de si estáis libre en este momento; si no estáis entretenida. Al decir ¿queréis?, pretendo que me digáis con una franqueza tan grande como con la que os interrogo, si hay en mi algo que os parezca desagradable o ridículo; si, en una palabra, no os inspiro aversión o repugnancia. Bien entendido que no hablo de afección; me conocéis demasiado poco para inspiraros ninguna.

Ahora tengo el gusto de preguntaros, señora, si me habéis comprendido.

—¡Oh! Perfectamente, —dijo *Tormenta* con una sonrisa.

En resumen; después de un rato de conversación y de pesar el pro y el contra del asunto, cerraron el trato con las condiciones siguientes:

—Os ofrezco, —dijo Eugenio: 1º Tres mil francos para saldar algunas pequeñas deudas que debéis tener. 2º Una suma de quinientos francos mensuales, pagada por adelantado. Bien entendido que los quinientos francos del primer mes, no se confundirán con los mil escudos de prima; lo que hace que cobréis inmediatamente tres mil quinientos francos. ¿Os acomoda?

—¡Enormemente! —exclamó *Tormenta* que no podía contener su alegría, y a quien Eugenio parecía una verdadera providencia.

—Entonces, —repuso el joven—, para concluir enseguida, tan pronto como conozcáis mis condiciones, veremos si ratificáis.

—¿Hay condiciones?

—Varias.

—Veámoslas.

Capítulo XIII

Al poner sus condiciones empezó de este modo Eugenio Lascars:
—Desde luego vos no me conocéis más que bajo el nombre de Augusto, que no es el mío.

—¿Y por qué? —preguntó vivamente *Tormenta*—; ¿es que sois algún monedero falso?

—¡No! —contestó Eugenio sonriendo—; pero estoy casado y no quiero que mi familia, ni nadie del mundo, puedan saber que tengo una querida. Ahora bien, el mejor medio de guardar este secreto es el de ocultaros mi verdadero nombre.

—Comprendido y aceptado, —dijo *Tormenta*.

—Por la misma razón jamás os acompañaré a ningún espectáculo ni a ningún baile.

—Me es igual, —contestó la joven. Y añadió mentalmente—: Iré con otro.

—Vais a encontrarme muy original, —continuó Eugenio—; figuraos que hay un nombre de mujer que me gusta más que todos: ese nombre es Enriqueta.

—En efecto, es un nombre muy bonito... —dijo *Tormenta*.

—Será preciso que me deis el gusto de adoptarlo durante el tiempo que estemos juntos.

—Convenido.

—No os veré aquí; mi mujer es desconfiada y podría ocurrirle la idea de hacerme espiar, lo que lo descubriría todo; alquilaré un cuarto en el barrio de Saint-Roch.

—Perfectamente.

—Iréis a verme todos los días.

—Dos veces si queréis.

—Con una bastará; pasaremos una hora juntos; el resto del día os pertenecerá, haréis lo que queráis, y os prometo no ser nada celoso.

—¡Oh señor! —dijo *Tormenta* con un aire de mojigata encantador.

—No es que dude de vuestra virtud, querida niña, —prosiguió Eugenio—; pero es bueno entenderse, y al menos vos sabréis a qué ateneros... y yo también.

—En fin, será como queréis, —dijo Agustina—; pero a fe de joven honrada que no abusaré de vuestra confianza.

—Este juramento me asegura, —dijo Lascars sonriendo—. En la casa en que estará situado el cuartito en cuestión, yo diré y extenderé que sois una joven de la aristocracia que vive con una vieja parienta y que va a verme de tapadillo.

—Conforme.

—¡Sois encantadora!

—¿Esto es todo?

—Todo, absolutamente.

—Pues bien, con esas famosas condiciones no hay nada difícil.

—¿De modo que aceptáis?

—Sin discusión.

—Firmemos el contrato si os place.

—No deseo otra cosa.

Y *Tormenta*, aproximándose a Eugenio, le tendió sus rosados labios; pero el joven se contentó con depositar un beso sobre la frente de la linda *loreta*.

—¡Es extraño! —pensó ésta—, para un hombre que paga tan caro; ¡no tiene aire de enamorado! En fin, si es su idea no decir nada, está en su derecho y debo callar.

—Ahora que el contrato está firmado, —repuso Eugenio—, no me queda más que ejecutar la primera cláusula.

—¿Cuál? —preguntó *Tormenta*.

—Aquélla sin la cual todas las demás serían nulas e inaceptables.

Y hablando así, Eugenio sacó una carterita del bolsillo izquierdo de su levita; la abrió y sacó tres billetes de mil francos, que depositó sucesivamente sobre una mesita velador, delante de *Tormenta*, diciendo:

—He aquí la prima.

Enseguida añadió un billete de quinientos francos, murmurando:

—Y éste es el primer mes; estamos corrientes, ¿no es esto?

—¡Sois un hombre adorable! —exclamó la *loreta* saltándole al cuello con efusión.

Eugenio la dejó hacer, pero no parecía muy dispuesto a tomar inmediatamente posesión de la cosa vendida. *Tormenta* no se preocupó mucho. Eugenio se levantó.

—¿Os vais? —preguntó la joven.

—Sí.

—¿Cuándo os volveré a ver?

—No lo sé a punto fijo.

—¿Cómo?

—Sin duda; sabréis que prefiero no venir aquí y que en mi casa no os puedo recibir. Es preciso, pues, que busque un nido para abrigar nuestros amores. Voy a buscarlo inmediatamente, y si lo encuentro, vendré a preveniros.

—Hacedlo pronto, al menos.

—Perded cuidado; por vuestra parte no olvidéis ninguno de nuestros convenios.

—Lo tendré presente.

—¿Sabéis que no os llamáis ya *Tormenta*?

—Enriqueta, lo cual no me desagrada; además, soy una joven de la aristocracia, que vivo con una parienta, y que voy a veros todos los días en gran secreto, porque estoy loca de amor por vos. Ya veis que no olvido nada.

—Está bien; hasta la vista, querida Enriqueta.

—Hasta muy pronto, ¿verdad?

—Sí, hasta bien pronto.

Eugenio abrazó a *Tormenta*, y la dejó muy asombrada y maravillada de la especie de cuento de *Las mil y una noches*, en la que se hallaba convertida de pronto en heroína.

* * *

—¡Bien! —se decía Eugenio Lascars con una alegría salvaje al salir de la casa de *Tormenta*—, ¡y bien señorita de Vauvert! ¡Bien, desdeñosa Enriqueta! ¡Al fin os tengo en mi poder!... ¡Ah, me habéis despreciado! ¡Me habéis insultado y tratado de cobarde y miserable! ¡La hora de la venganza llegó! Voy a envolveros en un trama tan espesa, que os será imposible romper las mallas de la red en que os vais a ver envuelta. Voy a herir, voy a matar tan completamente vuestro honor y vuestra dicha, que sentiréis mil veces no haber muerto. ¡Me pusisteis en el disparador, señorita de Vauvert! ¡Ya veréis cómo me vengo!

* * *

Nuestros lectores recordarán que el plan infernal de Lascars había sido coronado por el éxito más completo. El notable parecido de las dos hermanas, arma terrible, puesta en sus manos por la casualidad, porque no podemos llamar otra cosa al encuentro fortuito de Francisco y de *Tormenta*, había llevado dos terribles golpes al corazón de la pobre Enriqueta. Eugenio triunfaba; una sola cosa podía hacer derribar un día el edificio tan laboriosamente construido de sus calumnias; pero era muy difícil, por no decir imposible, que sucediera esta cosa. ¿Cómo suponer que relación alguna había de existir jamás entre Enriqueta y *Tormenta*?

Y a excepción de esta última, ¿quién podrá revelar la palabra del enigma? Sin embargo, Eugenio admitía, si no la probabilidad, al menos la posibilidad de este último caso, y como era un hombre de precauciones, en el momento en que *Tormenta* le fue inútil, rompió sus relaciones con ella y le ofreció una importante suma para que abandonara París por algunos años. *Tormenta* se negó; con Eugenio Lascars, o el señor Augusto, el dinero había desaparecido de la casa de la *loreta*. *Tormenta* era de la naturaleza de la cigarra de que habla Lafontaine; hubiera creído faltar a todas las conveniencias haciendo economías durante el tiempo de prosperidad, para los días malos. Los recursos faltaron, pero no los acreedores.

En muy poco tiempo la joven llegó a la precaria situación en que la hemos conocido al principio de este verídico relato. Entonces fue cuando recibió una carta firmada: Enriqueta de Vauvert, en la que se le rogaba se presentase en el hotel de la calle de Gaillon. Ya la hemos visto prepararse para ir a la cita.

Josefina volvió; traía un par de lindísimas botas y unos guantes irreprochables de

color de paja. *Tormenta* se vistió con su mejor traje, echó sobre sus hombros una manteleta argelina, regalo de un alférez de *spahis*, púsose sobre sus hermosos cabellos una ligera capota de encaje, tomó los guantes y un pañuelo guarnecido de puntilla, se miró al espejo y hallóse linda como unos amores.

Envió a Josefina a buscar un coche de punto, y poco después partió para ir a casa de Enriqueta de Vauvert, adonde vamos a seguirla.

Capítulo XIV

La emoción de la señorita de Vauvert al esperar a su hermana era viva y natural. Tan viva, que la joven había buscado un pretexto que pudiera ocultar a los ojos de *Tormenta*, lo extraño de su llamamiento. Y en el hecho de hallarse aislada y abandonada por todos, como estaba en aquel momento Enriqueta, olvidando los últimos consejos de su padre, no había pensado más que en una cosa, en arrojarle en los brazos de *Tormenta*, diciéndole: ¡Sois mi hermana!, ¡amadme un poco, ya que nadie me quiere!

Se anunció a *Tormenta*. En el momento de su entrada se operó un brusco cambio en los sentimientos y resoluciones de Enriqueta. Esperaba ver a una joven pálida, débil y con traje, si no miserable, al menos más que modesto; un rostro fatigado por las privaciones, adelgazado por los pesares; esperaba una expresión dolorosa y resignada. Y en este caso, su necesidad de afecto la hubiera hecho saltar por encima de toda prudencia, la hubiera hecho correr hacia *Tormenta* y estrecharla contra su corazón. Pero en vez de esto, vio a una gran y bella señora, vestida de seda y encajes, de rostro sonrosado, de alegre mirada y labios sonrientes. La efusión de Enriqueta, efusión pronta a desbordarse, se heló como por encanto.

Después de este primer minuto de desencanto, de desilusión, a la joven no se le ocurrió más que una cosa:

La extremada belleza de *Tormenta* y su prodigioso parecido con ella. En efecto, esta maravillosa similitud, de la que ya hemos hablado, era más sorprendente todavía al hallarse ambas jóvenes reunidas.

Reproducidos por la pintura, sus rasgos debían ser idénticos.

Muy turbada por no saber cómo empezar, la señorita de Vauvert, después de haber contestado al gracioso saludo de la *loreta*, le indicó con un gesto un sillón para que se sentara, haciendo ella lo propio en otro.

Hubo un instante de silencio entre las dos jóvenes; *Tormenta* esperó; al fin, Enriqueta, haciendo un supremo esfuerzo, dijo:

—¡Dios mío! Señorita. ¿No os habéis asombrado de la libertad que me he tomado al rogaros que os pasarais hoy por mi casa?

—Nada de eso, señora, —replicó *Tormenta*—, soy muy feliz, por el contrario, al haber hecho vuestro conocimiento; y si deseáis alguna cosa de mí, cualquiera que sea, —la *loreta* apoyó estas palabras, —no tenéis más que hablar.

Enriqueta no comprendió, y el silencio se hizo de nuevo, y amenazaba la situación ser muy difícil, cuando la llegada de un tercer personaje hizo que cambiara. Este personaje era Jorge de Vibray, el primo de Enriqueta. Los criados estaban tan acostumbrados a su presencia en la casa, que ni siquiera se les ocurrió anunciarlo.

Enriqueta cambió de aspecto al verle; palideciendo y exclamó:

—¡Vos, Jorge! ¡Vos aquí, primo mío!

El joven no contestó; acababa de detenerse a la entrada del salón, petrificado por la rápida sospecha, por el rayo luminoso que acababa de hacer luz en su espíritu, ante el parecido de las dos hermanas.

Después, rápidamente, se adelantó a *Tormenta*, y le preguntó con voz anhelante y entrecortada por la emoción:

—Calle de Saint-Honoré, número 270... este invierno..., erais vos, ¿no es eso?

—¡Pero, señor!... —exclamó *Tormenta*.

—¡Oh! —balbuceó Jorge en tono suplicante—, en nombre del cielo, señora, no os ofendáis por mis palabras, y contestadme... erais vos, no es verdad... ¿erais vos?

—Pues bien, sí, era yo... pero, al menos...

Jorge no escuchó el final de la frase interrogativa expresada por la joven.

Ya había caído a los pies de su prima asombrado, y murmuraba:

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta!, ¡no erais culpable! Me perdonaréis el haber dudado de vos un instante...

—¡Culpable! —exclamó Enriqueta—, ¡hace algunos días que esta palabra me rodea!

Por Dios, Jorge, por lo menos decidme de qué se me acusa, porque me voy a volver loca, viendo, y oyendo todo eso, de lo que nada sé.

—En un instante os lo diré todo, prima mía, —replicó el joven—. Pero ahora, en interés vuestro, en el mío, y en el de otros también, dejadme solo con esta señora durante un momento, porque tengo que hablarla de cosas que no debéis oír.

—Os dejo, primo mío; pero tomad esto, os lo ruego; quizá me podáis explicar también su significado.

Y antes de salir dio a Jorge el billete anónimo que había recibido la víspera de su partida del castillo de Vauvert, y cuyo contenido ya conocemos.

Jorge leyó aquella carta infame con un profundo sentimiento de disgusto y de horror, que se pintó en su rostro. Enseguida se volvió hacia *Tormenta*, y presentándole el billete anónimo, preguntó:

—¿Conocéis esta letra, señora?

—No, —contestó la *loreta*.

Y era la verdad, porque Eugenio Lascars no le había escrito nunca.

—Habéis tenido la bondad de decirme, —continuó Jorge—, que sois vos la que iba todos los días durante este invierno al número 270 de la calle de Saint-Honoré. Permitidme, señora, que os pregunte el nombre del hombre que os esperaba.

—¡Ah! —exclamó *Tormenta* impaciente—, ¿es que me han hecho venir aquí para que sufra un interrogatorio?... Concluyamos.

—Perdonad mi indiscreción; pero se trata de intereses sagrados...

—Que nada me importan, —objetó la *loreta*.

—Que os importan más de lo que os figuráis, puesto que se han servido de vos

para llevar a efecto una acción abominable.

—¡Bah!

—En dos palabras he aquí lo que ha pasado...

Jorge explicó rápidamente a Agustina, cómo con una destreza infernal habían aprovechado su parecido con Enriqueta para deshonorar a ésta.

Tormenta, en el fondo, era una buena chica, y compadecida y con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Pobre niña!, ¡eso es horroroso!... Voy a contestar vuestras preguntas. ¡Ah!, ¡ese bribón de Augusto!...

—¿Augusto, habéis dicho?

—Sí; es como se llamaba mi antiguo amante.

—¿No le veis ya?

—Hace lo menos seis meses.

—Pero ¿sabéis dónde vive?

—¡Ay! No.

—¿Al menos sabréis su nombre?

—No lo he sabido jamás.

El hilo conductor se rompía a los primeros pasos, quedando entre las manos de Jorge, sin poder llegar al ovillo. Porque ahora, sobre todo, lo que él buscaba era la venganza. A pesar de esto no perdió el valor.

Capítulo XV

¡**V**eamos! Contadme todo lo que ha pasado, —dijo.

Tormenta entró hasta en los menores detalles de sus relaciones con el pretendido Augusto, y en la nomenclatura de las condiciones que le había impuesto, y que tanto decían para Jorge, y ahora, aun para ella misma. Nada de esto puso sobre la pista a Vibray; pero quizás pudiera sacar algún partido del billete anónimo; dejó a *Tormenta* y fue a interrogar a Enriqueta a su vez.

—¿Conocéis a vuestros enemigos? —le preguntó.

—No tengo ninguno, —contestó la joven.

—¿No habéis humillado jamás a nadie? ¿No habéis jamás rechazado con un desprecio merecido las insolentes pretensiones de algún fatuo? Consultad en vuestra memoria todo eso, Enriqueta.

La joven reunió sus recuerdos, y entre ellos descolló la escena nocturna en la que Lascars había jugado un papel tan infame como vergonzoso, y contó a Jorge lo que le había ocurrido.

—¡Es él! —exclamó el señor de Vibray—, ¡no puede ser más que él! ¡He considerado siempre a ese joven como un miserable! Sin embargo, importa cambiar mis sospechas en certidumbre.

Reunióse a *Tormenta* y le hizo un retrato muy detallado de Eugenio Lascars.

—¡Caramba! —dijo la loreta—, se parece, como una gota de agua a otra, a mi bribón de Augusto; sin embargo, como pudiéramos equivocarnos, será conveniente que lo vea por mí misma.

—Tenéis razón; hay un solo medio de salir del paso.

—Empleadle.

—Eso voy a hacer; venid.

—¿Con vos?

—Sí.

—¿Adónde?

—A casa del señor Eugenio Lascars.

Y Jorge salió con la *loreta*.

* * *

Cuando los dos visitantes inesperados e inoportunos se presentaron en casa de Eugenio, éste no estaba y el portero no sabía a qué hora volvería.

Jorge había reflexionado por el camino, que si el señor Lascars y Augusto eran un solo individuo, no sería lo más conveniente provocar una explicación delante de una

joven, explicación que no podía dejar de ser terrible. En consecuencia dejó a *Tormenta* a la puerta de la casa, en un carruaje que había tomado por horas; le encargó que esperara de incógnito, y que, con las cortinillas bajadas y a través de ellas, espicara la vuelta de Lascars, cuya identidad había de probarse; advirtiéndole que si ocurría algo de nuevo se apresurara a participárselo.

Al volver a su casa, Jorge encontró al señor de Juvisy que le esperaba. El vizconde, cansado de viajar, solo con su dolor, había tomado, veinticuatro horas antes, el mismo partido que su compañero de viaje.

Ordenó a su postillón dar media vuelta y acababa de llegar a París. Jorge le contó lo que había pasado. El primer grito de Alfredo fue éste:

—¡Ella es inocente! ¡Oh felicidad!...

El segundo pensamiento de ambos:

—¡Desgracia!, ¡porque la amamos los dos!...

Entonces hubo entre aquellos dos hombres de honor, entre aquellas generosas naturalezas, un rápido e involuntario movimiento de odio celoso. Pero los nobles instintos de su corazón los reprimieron, y se tendieron la mano diciéndose:

—¡Es preciso vengarla desde luego! Y después veremos.

En este momento *Tormenta* llegó a casa de Jorge.

—¡Es él! —dijo.

—Muy bien, —contestó Jorge.

—Y ahora, señores, como vosotros os vais a ocupar de cosas serias, —dijo la *loreta*— yo os dejo. Adiós.

—Hasta la vista y gracias, —dijo Jorge acompañando a *Tormenta*.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al señor de Juvisy cuando se hallaron solos.

—Provocar a ese hombre.

—Es evidente.

—Batirnos con él.

—Ésa es la cuestión; ¿cuál de los dos se batirá primero?

—¡Yo, pardiez!

—¿Por qué vos antes que yo?

—Porque... —empezó el señor de Juvisy.

—No discutamos, amigo mío; hay una manera de ponernos de acuerdo: ¿queréis que lo echemos a la suerte?

—Sea.

Jorge arrojó al aire una moneda de oro.

—Cara, —dijo Alfredo.

—¡Habéis ganado! —exclamó Jorge con despecho.

—¡Ah!, ¡no os enfadéis! —replicó el vizconde—. ¡Si ese granuja me mata, tendréis doble venganza, por lo tanto, doble placer!

Y los dos hombres salieron para ir a casa de Lascars.

Francisco les salió a abrir.

—El señor ha salido, —dijo el criado.

—Sabemos que vuestro amo está en casa, —contestó Alfredo—, de modo que dejadnos pasar, porque le hemos de ver de grado o por fuerza.

Francisco, esclavo de su consigna, quiso resistir; Alfredo le empujó y entró con Jorge. Eugenio Lascars había oído el ruido que metían en la antecámara, abrió la puerta del salón, y se encontró cara a cara con los dos visitantes. Al reconocer a los dos jóvenes palideció.

—¿Qué queréis, señores? —preguntó.

—Poca cosa, —contestó Jorge—. Mostraros esto.

Y le tendió el billete anónimo que le había dado Enriqueta.

—Además, —repuso el vizconde—, queremos deciros que sois un miserable y venimos a trataros como se trata a la gente de vuestra especie.

Y al decir esto lo abofeteó. Lascars quiso arrojarse sobre él, pero Jorge lo contuvo, abofeteándolo a su vez.

—Ahora, —dijo Alfredo—, os haremos el honor de batirnos con vos. Escoged armas y sitio.

—La pistola... mañana... a las ocho... en el bosque de Vincennes... —balbuceó Lascars, sofocado por la rabia y el terror.

—Sea, —repuso Jorge—. ¡Solamente que de aquí a mañana uno de nosotros se quedará aquí, porque mañana os habríais largado! ¡Ah!, ¡os conocemos!

Lascars no contestó nada a este insulto.

Capítulo XVI

Al día siguiente, a la hora convenida, los tres combatientes y sus cuatro testigos se encontraban en el bosque de Vincennes.

Cargáronse las armas; Alfredo y Lascars se colocaron uno enfrente de otro; se dio la señal, y la bala de Lascars atravesó el hombro del vizconde.

—A vos os toca, Jorge, —dijo cayendo.

El señor Vibray cogió una pistola; se oyeron dos nuevos disparos. Eugenio Lascars rodó por el suelo con la cabeza destrozada.

En este momento creyeron ver relucir a través de los árboles los galoneados sombreros de los gendarmes de Vincennes.

Jorge y los testigos huyeron llevándose al señor Juvisy desvanecido, y abandonando sobre el terreno el cadáver de Lascars.

* * *

El señor de Juvisy, perfectamente restablecido de su herida, se casó con la señorita Enriqueta Vauvert al cabo de tres meses.

Jorge de Vibray, se fue consolando poco a poco de la pasión que sentía por su prima.

Tormenta, a quien su hermana aseguró una pensión vitalicia bastante crecida para que pudiese vivir holgadamente, casi ha llegado a convertirse, llevando una vida muy ejemplar.

Francisco, por causa del fallecimiento de su querido amo, se halla sin colocación y busca una nueva.

¿No podríais recomendarle a vuestros amigos, caro lector?

Fin de La Señorita Tormenta

EL BUHONERO

Versión española de A. del C.

Capítulo I

El día 13 de junio de 1793, a eso de las diez de la mañana, un buhonero iba rápidamente por uno de los caminos vecinales de Bretaña.

Aquel buhonero era un joven de veinticinco años.

Su fisonomía, animada e inteligente, la adornaban las melenas aplastadas y lustrosas de sus largos cabellos negros, cortados en línea recta por la frente, y cayendo de cada lado de la cara, como las orejas de los perros.

Un gran sombrero de fieltro de anchas alas cubría su cabeza, y su fardo de buhonero, fijado por dos correas a sus fornidas espaldas, no parecía ni entorpecer sus movimientos, ni contener su marcha firme y decidida.

Los vallados, formados por zarzales, creciendo de cada lado del camino sobre el talud, entrelazaban sus ramajes exuberantes y verdosos a los árboles que, formando una bóveda natural, atravesaba aquí y allá un ardiente rayo de sol.

Las velloritas y las margaritas se extendían sobre el musgo.

El aire se hallaba fuertemente impregnado del perfume de las flores, y los pájaros, resguardados entre el follaje, entonaban alegremente sus cánticos cadenciosos.

A medida que el buhonero avanzaba, su paso era más rápido.

Hubiérase dicho al verle que se aproximaba al término de su viaje.

De tiempo en tiempo restablecía, por un movimiento de sus espaldas, el equilibrio de su pesada carga, y tarareaba alegremente algunas canciones peculiares del país.

El camino desembocaba en una encrucijada, y ganaba, a través de los campos y de los prados, un pequeño bosque que se divisaba a poca distancia.

Cuando el buhonero llegó a los primeros árboles de aquel pequeño bosque, dejó su carga en el suelo y la apoyó contra el tronco de una haya.

Después se sentó sobre la hierba.

Por último, sacó del bolsillo una bolsa de cuero, que parecía hallarse bien repleta.

Vació su contenido en el sombrero y se puso a contar los escudos de tres libras que contenía.

Satisfecho de hallar una suma regular, que testimoniaba que su excursión había sido fructuosa, su fisonomía adoptó una expresión alegre; metió el dinero en la bolsa y ésta en el bolsillo; se levantó, se cargó su fardo y continuó su marcha alegremente.

Así anduvo tres cuartos de legua aproximadamente.

Después se detuvo en un sitio en que el camino se bifurcaba para tomar dos direcciones opuestas.

Tres encinas seculares sombreaban aquel sitio, y bajo sus sombras se elevaba una pequeña cruz de piedra, medio rota, y casi escondida bajo la hiedra y el líquen.

Al llegar a aquella cruz, el buhonero, devoto como buen aldeano bretón que era,

se arrodilló, dejó en tierra su ancho sombrero, sacó del bolsillo donde guardaba la bolsa un rosario de hueso, de grandes cuentas, y se puso a rezar cuatro Padrenuestros y seis Avemarías.

De pronto, en medio de su rezo, el rosario se escapó de su mano, sus mejillas palidieron, y sus ojos, agrandados, se fijaron sobre la cruz de piedra con una atención de espanto.

Se había apercebido de que sobre las piedras y la hierba había varias manchas de un color rojizo.

Aquellas manchas, no había lugar a duda, eran de sangre, y de sangre recientemente vertida.

¿De dónde podía proceder aquella sangre?

¿Qué había pasado?

¿El sitio en que se hallaban las tres encinas, había servido de teatro a algún extraño drama?

Esto era lo que el buhonero no podía responderse.

Confuso y preocupado de lo que acababa de ver, se disponía a alejarse, cuando de pronto retrocedió a la vista de un objeto que el tronco de una de las encinas le había ocultado hasta aquel momento.

El objeto era un cuerpo humano.

Un cuerpo inanimado.

El de una mujer extendida sobre la hierba, con la cara contra la tierra.

El buhonero, después de haber dominado un primer movimiento de estupor, se aproximó a aquel cuerpo que parecía un cadáver, y le hizo volver.

Vio entonces una fisonomía de mujer joven y bella, pálida, manchada de sangre y de polvo, pudiéndose, no obstante, adivinar su hermosura a pesar de aquella máscara fúnebre.

Un vestido blanco, destrozado, cubría unas formas de una delicadeza infinita.

Los pies, ensangrentados, no tenían calzado alguno.

En torno de los ojos cerrados de aquella cara, se extendía un círculo lívido.

Los labios entreabiertos y azulados, dejaban percibir unos dientes de un magnífico esmalte.

El buhonero apoyó su mano en el corazón de aquella pobre mujer.

Aquel corazón no latía.

Abrió su fardo y sacó uno de esos pequeños espejos verdosos y groseramente encuadrados, que vendía a los aldeanos, y lo aproximó a la boca de la mujer.

Después de un instante, la superficie del cristal se empañó ligeramente.

—¡Sea bendita Nuestra Señora de Auray! —exclamó el buhonero— ¡todavía vive!

Y cogiendo en sus vigorosos brazos aquel cuerpo de ligero peso, siguió su camino.

Durante una hora caminó sin detenerse.

Pasado este tiempo pudo entrever, por encima de los árboles, un ligero humo azulado que se elevaba para confundirse en la transparente atmósfera.

Pronto se oyeron los aullidos de un perro de ganado que corría alegremente hacia su amo, al que manifestaba su cariño con sus caricias alegres y ruidosas.

Pero casi al mismo tiempo, el inteligente animal se alejó gruñendo, después de haber olfateado la carga que llevaba el buhonero.

Al cabo, éste llegó a la puerta de una cabaña medio oculta por el follaje.

Una anciana esperaba cerca de la puerta.

—Buenos días, madre.

—Al fin has llegado, —respondió la anciana—. Ayer te estuve esperando, pero puesto que llegas hoy, sé bien venido. Ven a abrazarme, hijo mío, ven...

—Sí, madre, y de todo corazón.

El buhonero hizo un movimiento.

La anciana lanzó una exclamación.

—¡Jesús y María! ¿Andrés, hijo mío, qué es lo que traes?

Y después añadió, sin esperar la respuesta de su hijo:

—¡Ah, Virgen Santísima! Es una muerta...

—No lo creo.

—¿Cómo esa joven...?

—Todavía vive, o al menos así lo creo.

—¿Quién es?...

—No lo sé.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo ignoro.

—¿Dónde la has hallado?

—Dios mío, madre mía, ya os diré todo eso más tarde; pero ahora pensemos en lo más urgente...

—Tienes razón.

—Voy a llevar esta pobre mujer a vuestra cama, y espero que no tardará en volver de su desvanecimiento.

—Sí, hijo mío, despáchate.

Andrés entró en la cabaña y depositó su carga en la cama dura y estrecha de su madre.

—Ahora, —continuó—, desnudarla y acostarla; yo voy a calentar un poco de vino azucarado, y trataremos de hacerla tomar algunas cucharadas, porque esto le sentará muy bien seguramente.

—¡Dios mío! —exclamó la madre de Andrés, desnudando a la joven—; ¡qué cara, Virgen Santa!, ¡apenas tiene diez y seis años!, ¡qué pálida está!... y su pobre vestido todo roto... sus pobrecitos pies agrietados por las piedras...

—¿Veis alguna herida grave? —preguntó Andrés, que entraba en aquel momento.

—No, —respondió la madre de Andrés, que acababa de lavar con agua fresca la

cara de la joven—; solamente tiene como si fuese una cortadura en la frente.

—¿Profunda?

—No es profunda; parece producida como si esta joven hubiese caído sobre un objeto cortante...

—¿De modo que no se halla más que desmayada?

—Mucho me temo que se halle muerta.

—¡Muerta!

—Está fría por todo el cuerpo.

—Hacedla beber algunas gotas de este vino caliente, que la reanimará un poco.

La buena mujer tomó una cuchara llena de vino que le daba Andrés, y consiguió, no sin trabajo, introducirla entre los apretados dientes de la joven.

Al cabo de un instante, un ligero estremecimiento agitó los miembros de aquélla.

—¡Ah! —exclamó Andrés.

—¡Se anima! —dijo la anciana.

—Un poco más de vino, ya veis que el remedio es bueno.

La joven hizo un movimiento.

Levantó un poco la cabeza sin abrir los ojos; pero bien pronto cayó inerte sobre la almohada.

Andrés y su madre se hallaban de pie junto a la cabecera de la cama, mirando a la joven con un interés y una ansiedad que se comprende sin gran esfuerzo.

La joven se inclinó un poco, apoyándose sobre el brazo.

Por primera vez abrió los ojos y los dirigió en torno suyo con expresión de sorpresa y espanto.

Enseguida se puso a cantar con voz lenta e irregular:

Ça ira! Ça ira!

De pronto, sus ojos se animaron; pasó sus manos por la frente para reunir sus recuerdos confusos y dispersos; dio un grito, se echó hacia atrás con una horrible expresión de terror y se desvaneció de nuevo.

La madre del buhonero la hizo tomar una tercera cucharada de vino caliente.

El buen resultado de aquel remedio tan simple, no tardó en manifestarse.

La joven recobró sus sentidos.

Sus ojos se abrieron y se dirigieron de nuevo sobre todo lo que la rodeaba con mirada extraviada.

Enseguida pronunció algunas palabras indistintas, y se puso a cantar:

Dansons la carmagnole...

Su cabeza volvió a caer sobre la almohada y se durmió tarareando.
—¡La desgraciada está loca! —exclamó tristemente Andrés.
El buhonero no se equivocaba.
La pobre joven se hallaba loca, en efecto.

Capítulo II

He aquí lo que había sucedido, dos días antes de los hechos que acabamos de referir, en el castillo de Épine-Fleurie, situado a ocho o diez leguas de la encrucijada de las tres encinas.

Este castillo pertenecía a la antigua familia del marqués de Épine-Fleurie; se hallaba situado en el plano de una pequeña colina.

Por la parte de la fachada principal se extendía el patio de honor con sus altas tapias y su verja blasonada.

En la parte posterior del castillo se hallaba un parque inmenso, trazado a la francesa por algún discípulo, sin duda alguna, de Lenôtre, cubriendo las vertientes de la colina, descendiendo al llano y uniéndose al bosque señorial, del que se hallaba separado por un foso ancho y profundo.

En la planta baja del castillo se hallaba un salón, tipo de habitaciones inmensas, en la que se reunía, en ciertos días de fiesta, toda la nobleza de una provincia.

Las seis ventanas del salón daban al parque.

Antiguos cuadros de familia, ennegrecidos por el tiempo y el humo, que no había respetado ni los techos blasonados, ni los cuadros dorados, confundían sus tintes sombríos con los colores borrosos y pálidos de la tapicería de los Gobelinos, que representaba personajes mitológicos.

La tapicería, hecha a mano, que cubría los muebles de encina esculpida, era la obra paciente de muchas generaciones.

Sonaban las seis de la tarde en un reloj de concha, incrustado de bronce, que terminaba con un amor ciego, de pie sobre una esfera, sacudiendo su pequeña antorcha.

El sol iba desapareciendo detrás de los bosques, dorando las cimas.

Sus últimos rayos penetraban por ventanas de pequeños cristales cuadrados, sostenidos con plomos, trazando bandas luminosas sobre el pavimento.

Dos mujeres lloraban en la vasta soledad del salón, que acabamos de describir.

Una de aquellas mujeres, de unos setenta años de edad, y envuelta en los pliegues de una ancha bata guateada, color hoja seca, se hallaba sentada en un gran sillón, cerca de una de las ventanas.

Sus manos cruzadas, descansando sobre sus rodillas, y su mirada, expresaban la impaciencia y la espera.

Su compañera, de pie cerca de ella, con la mirada fija en el suelo, era una preciosa joven de diez y seis años.

No podía hallarse nada que fuese más bello que aquella cabeza virginal, rubia y blanca, con grandes ojos azules, tan puros y tan límpidos, como los de un hermoso

ángel.

Un vestido blanco, sujeto en la cintura por una cinta azul cielo, dibujaba un talle redondo y flexible.

La primera de aquéllas, era la marquesa viuda, Ivonne de Épine-Fleurie.

La otra era su nieta, Felicia.

Ésta hizo un ligero movimiento.

—¿Qué has visto? —preguntó vivamente la marquesa.

—Esperad... —respondió Felicia, fijando a lo lejos del parque su mirada escudriñadora.

—¿Y bien...?

—Nada todavía, buena mamá, no veo nada... —respondió tristemente la joven.

La marquesa, con un movimiento de impaciencia nerviosa, aproximó a sus labios un pequeño silbato de plata que tenía suspendido de su cuello, y produjo un tono agudo y prolongado.

Transcurrido un segundo se presentó un criado, o más bien, un aldeano, vestido con una especie de librea campestre.

—¿Ha vuelto Guillermo? —preguntó la marquesa.

—No, señora marquesa.

—Tan luego llegue, le diréis que venga aquí.

—Está bien, señora marquesa.

—Sobre todo, que no pierda un instante.

—Bien, señora marquesa.

El criado saludó y se retiró.

Las dos mujeres quedaron de nuevo solas y silenciosas.

La marquesa viuda continuaba sentada en la postura que ya hemos indicado anteriormente.

Felicia, inmóvil y con la mirada perdida en el espacio.

De pronto, la joven lanzó una exclamación.

La marquesa se estremeció.

—¿Es él al fin? —preguntó.

—Sí, mi buena mamá, es él. Mirad.

Con efecto, se entreveía al final de una de las calles del parque un hombre con traje de aldeano, que salía del bosque llevando una escopeta al hombro.

—¡Al fin!, ¡al fin! —repitió por dos veces la marquesa.

Y no pudiendo dominar su emoción, apoyó sus manos sobre los brazos del sillón y medio se levantó.

La espera de las dos mujeres duró cerca de un cuarto de hora, porque había bastante distancia desde la extremidad del parque al castillo.

Pero después de haber pasado este tiempo, llamaron discretamente a la puerta del salón, anunciando la presencia de un nuevo personaje.

—Adelante, —dijo vivamente la marquesa.

La puerta se abrió.

Apareció un hombre.

Era el mismo que, pocos momentos antes, Felicia había señalado su presencia.

Había dejado su escopeta.

Sus maneras eran torpes, su apariencia grosera y casi abrutada, y no obstante esta ruda apariencia, sus cabellos rojos, abundantes y frescos, cuyos mechones ásperos y desgredados le ocultaban la frente y las mejillas, un observador hábil hubiera podido leer en su fisonomía, y sobre todo en sus pequeños ojos brillantes, una marcada expresión de resolución, de fuerza y de astucia.

Dio algunos pasos con cortedad, dando vueltas entre las manos a su sombrero.

La marquesa viuda fijó en él una mirada interrogadora.

—¿Qué hay, Guillermo? —le preguntó.

El aldeano no respondió.

—¿Y bien...? —repitió la marquesa.

Guillermo meneó tristemente la cabeza.

—¡Nada, señora marquesa! —articuló lentamente—, nada...

—¡Nada! —murmuró la joven.

—¡Nada! —respondió la marquesa, dejándose caer en el sillón.

—¡Y dicen que se acercan los azules! —añadió Guillermo con voz sombría.

—¿Dicen eso? —exclamó la viuda.

—Sí, señora marquesa, eso dicen.

—¿Y qué importa, después de todo? —repuso la anciana—. Aunque se aproximen los azules..., aun cuando vengan aquí... ¿qué tenemos que temer de ellos, y qué mal pueden hacernos? Una vieja y una niña son sagradas para todos los partidos.

Guillermo meneó la cabeza con aire de incredulidad.

Sin duda no se hallaba conforme con la hidalguía del partido republicano, ni le inspiraba la confianza que manifestaba la marquesa.

Ésta continuó sin haberse fijado en el movimiento de desconfianza que había expresado el aldeano.

—Además, verán bien claramente que nosotras no queremos, que no podemos defendernos..., pero mi hijo... mi hijo que hace cuatro días debía haber llegado... ¿qué le retiene?... ¿por qué no está aquí?, ¿nos hallamos amenazadas de una desgracia?

—¡Esperemos que la Virgen santa y todos los santos del cielo protegerán a mi señor! —replicó el aldeano.

—¿Qué vais a hacer ahora, Guillermo?

—Voy a volver a la choza del bosque del Estanque, y si el señor marqués viene esta noche, vendré inmediatamente al castillo a decírselo a la señora marquesa.

—Id Guillermo, y que Dios os recompense de vuestra fidelidad y de vuestro cariño.

Y expresándose así la marquesa viuda, tendió su mano al aldeano bretón.

Este puso una rodilla en tierra, tomó aquella mano y la llevó respetuosamente a sus labios.

Después se levantó y se retiró.

Capítulo III

He aquí cuál era la causa de la preocupación de las dos mujeres.

El marqués Héctor de Épine-Fleurie, hijo único de la marquesa viuda, y padre de Felicia, no creyó en un principio en la inminencia del peligro cuando estalló la tormenta revolucionaria y se manifestaron las primeras perturbaciones de la Vendée.

Pero llegó un día en que se apercibió de que su nombre había sido pronunciado, con el acompañamiento fatal del epíteto de sospechoso.

En aquellos días nefastos, un epíteto semejante, equivalía casi a una sentencia de muerte.

El marqués tomó entonces la resolución de irse a Inglaterra con su madre, su mujer y su hija.

Un amigo suyo, capitán de un barco, accedió a admitirle a bordo, y partió para Vannes con su mujer, rodeado del mayor misterio posible.

Una vez efectuado este primer viaje sin dificultades, debía volver en busca de su madre y de su hija.

Solamente que en vez de volver al castillo, lo que podría constituir una imprudencia, debía detenerse en la cabaña situada en medio del bosque, donde hallaría al fiel Guillermo, que inmediatamente iría a dar aviso de su llegada a la marquesa y a su hija.

Todo se hallaba bien convenido.

Tres días habían pasado desde la fecha fijada para la llegada del marqués, y nada se sabía de él.

Ahora se comprenderá fácilmente la ansiedad terrible de las dos pobres mujeres, esperando vanamente, la una, un padre, y la otra un hijo.

* * *

La tarde pasó con una lentitud desesperante.

La comida fue triste.

Las lágrimas se deslizaron de los ojos de la marquesa, y velaron la dulce mirada de Felicia.

Un silencio casi completo reinaba entre la abuela y la nieta.

Las dos esperaban.

Las dos temblaban al menor ruido.

Al fin sonaron las diez de la noche.

Felicia se puso de pie, se aproximó a la marquesa y presentó su frente a los labios

de su abuela.

—Buenas noches, hija mía, —le dijo—; ve a descansar, que bien lo debes necesitar, después de esta larga y terrible tarde; pero primero, recemos... recemos juntas y pidamos a Dios por tu padre...

Felicia se arrodilló.

—¡Dios todopoderoso! —murmuró—, ¡Dios a quien la tierra y el cielo obedecen, alejad toda clase de peligros del camino de mi padre, dejadle llegar hasta nosotras, y os bendeciremos!

—¡Señor, Dios mío! —prosiguió la marquesa—, que vuestra voluntad presida todas las cosas; pero, si debe suceder una desgracia a mi hijo, dejadme deciros como vuestro divino hijo en el huerto de las Olivas: ¡Señor, Señor!, ¡alejad de nosotras ese cáliz!

—¡Amén! —murmuró Felicia.

Se puso en pie, besó nuevamente a su abuela, tomó un candelero, y se dispuso a salir del salón.

De pronto se oyeron pasos rápidos en la antesala; la puerta se abrió, y Guillermo entró bruscamente.

Se hallaba pálido y fatigoso.

—¡Ahí están! —exclamó—, ¡ahí están!

—¿Quién? Pero ¿quién? —preguntó la marquesa.

—Los azules.

—¡Los azules!

—Me siguen, se hallan a diez minutos del castillo, y viene con ellos un comisario de la República.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Si la señora marquesa lo permite, —continuó Guillermo—, todavía hay recurso.

Aquí somos cuatro hombres, estamos armados, y tenemos municiones. Cerramos las puertas, nos parapetamos bien, y, por Nuestra Señora de Auray, trabajo les ha de costar penetrar en el castillo, ¡os lo juro!

—Guardaos bien de hacer eso, Guillermo, —respondió vivamente la marquesa—; ¡eso sería agravar nuestra posición! Abrid todas las puertas, y dejad entrar los soldados. No tenemos nada que ocultar, ni nada que temer, porque nada tienen que reprocharnos.

Lo ceñudo del entrecejo de Guillermo, expresaba un violento combate interior.

Dudaba entre sus intenciones belicosas y las órdenes pacíficas de la marquesa.

Resistirse, le parecía un deber.

Ceder, le parecía una cobardía.

No obstante, la costumbre de obedecer pasivamente le dominó.

Bajó la cabeza y esperó.

Un instante después, el castillo se hallaba invadido por un representante del

pueblo y por sesenta soldados de la República.

El representante del pueblo era un hombre de poca estatura, de fisonomía falsa, traidora, y con aire bajo y malvado.

Se sentía orgulloso por cierto parecido de su perfil con Robespierre, ese gato atigrado con figura humana.

La banda tricolor, insignia de sus funciones de representante del pueblo, rodeaba su cintura sobre una levita grasienta y raída, sobre cuyas solapas se hallaban las inmensas de un chaleco blanco, todo lleno de manchas de vino y de tabaco.

Dio orden al oficial que le acompañaba de emplear una parte de la tropa en registrar el castillo, guardando todas las salidas, y él penetró en el salón con el resto de los soldados.

Tenía el sombrero puesto, y tarareaba la canción:

Dansons la carmagnole...

Se encaminó directamente a la chimenea, en la que se apoyó, y dijo, dirigiéndose a la marquesa con grosería e impudencia:

—Buenas noches, ciudadana.

La viuda le dirigió una mirada de alto a bajo con desprecio, y no contestó.

—¿Es que no me has entendido? —continuó el representante del pueblo un poco desconcertado.

—Caballero, no tengo costumbre, —respondió fieramente la marquesa—, ni de oírme tutear, ni de que me hablen con el sombrero puesto.

—¡Ah, ah! —exclamó el odioso personaje—. Eso era bueno en el tiempo en que tú eras aristócrata; pero hoy es otra cosa...

—Hoy como entonces, —interrumpió la marquesa con altivez—, yo soy una señora, caballero.

El representante del pueblo, subyugado por aquel lenguaje fiero y digno, se quitó el sombrero y adoptó una actitud más conveniente.

—Voy a proceder a vuestro interrogatorio —dijo.

—Ante todo, —preguntó la viuda—, ¿de qué crimen se nos acusa?

—De sospechosos.

—¿Sospechosos de qué?

—De conspirar contra el reposo del país y de la seguridad de la República.

—Verdaderamente, —dijo la marquesa con ironía—, que dos mujeres, de las cuales la una tiene setenta años y la otra diez y seis, son unos conspiradores muy peligrosos.

—¡Pero no os halláis solas aquí!...

—Absolutamente solas.

—Tenéis un hijo, el antes marqués...

—Se halla ausente.

—¡Ah, ah! En el extranjero sin duda...

—Sí, en Inglaterra.

—Donde ha ido a llevar su oro con el objeto de arruinar al país, como mal patriota que es.

—Donde ha ido a llevar a su mujer, a quien los horrores de la guerra civil asustan.

—¿Y sin duda, pensáis ir a reuniros con él?

—Aun cuando así sea, caballero. ¿Teméis que nosotros desde Inglaterra derribemos la República?

—La República se halla establecida sobre sólidas bases, y no teme a nadie.

—Entonces, ¿por qué se ocupa de nosotros?

El representante eludió la respuesta a la pregunta de la marquesa.

Continuó su interrogatorio.

—¿Tenéis armas ocultas?

—No.

—¿Lo que decís, es cierto?

—No repito jamas dos veces la misma cosa, y nunca he mentado. Si no me creéis, registrad.

—Eso es lo que voy a hacer.

—Voy a dar orden de que pongan a vuestra disposición todas las llaves del castillo, a fin de evitaros que estropeéis las puertas.

El interrogatorio aún duró algunos instantes, y el representante del pueblo acabó por decir a la señora de Épine-Fleurie que podía libremente retirarse a sus habitaciones, como igualmente su nieta, y que si nada nuevo ocurría durante la noche, dejaría con los soldados el castillo por la mañana.

La marquesa prefirió quedarse en el salón.

Felicia, rendida de fatiga, se retiró a su cuarto, donde se encerró.

No obstante, en el castillo repercutían las canciones bulliciosas y atronadores clamores.

Al mismo tiempo que los soldados, entre los cuales se habían mezclado, habían llegado de Nantes algunos de esos miserables, hez de las ciudades, que siempre se hallan donde ven la esperanza de la devastación.

Aquellos miserables se hicieron dueños de las llaves de las bodegas, y se posesionaron de los vinos que hallaron.

Poco a poco, los soldados republicanos fueron imitando aquel contagioso ejemplo, a pesar de la orden expresa de su jefe, y la embriaguez se fue haciendo casi general.

De pronto, una horrible detonación se dejó oír, y uno de los lados del castillo se hundió, sepultando una veintena de hombres bajo sus escombros.

Capítulo IV

A la horrible detonación, de que acabamos de hablar, sucedieron clamores salvajes, vociferaciones de rabia y de venganza, a los que se mezclaba el gemido de los moribundos y los gritos de dolor de los heridos.

Después, un grupo de soldados y de bandidos hizo irrupción en el salón y se precipitaron sobre la marquesa, que se desmayó del susto.

—¡Muera! ¡A la horca! —gritaban aquellos miserables.

—¡Venganza!, ¡venganza!

—¡Nos ha hecho traición! ¡Sangre por sangre!

—¡Eran dos! —dijo una voz.

—¡Aquí hay una!

—¿Dónde está la otra?...

—Busquemos la otra...

—Sí, sí, busquemos la joven, pero no dejemos la vieja.

—Y enseguida, colguemos a las dos.

—Muerto el perro, se acabó la rabia.

Y los azules se dispersaron por segunda vez por todo el castillo.

* * *

He aquí cuál había sido la causa de aquel inexplicable furor.

Hemos dicho precedentemente, que varios soldados, acompañados de un puñado de descamisados de Nantes, se habían apoderado de las llaves de las bodegas.

Allí comenzó una escena de orgía y de devastación.

Aquellos bandidos, después de haber entregado al pillaje las barricas y los toneles, después de haber desfondado las pipas y roto las botellas, ebrios de vino y de licores, habían apercibido en una profundidad una pequeña puerta estrecha y baja.

Este descubrimiento fue saludado por un alegre clamor.

—¡Aquí es dónde se halla el buen vino!

—¡El vino de los aristócratas!

—¡El vino hecho con los sudores del pueblo, y que esos nobles malditos guardan para sus festines!

Y la puerta, hecha pedazos, saltó bajo los rudos golpes que recibía con las culatas de los fusiles.

Después aquella cohorte desenfrenada penetró en un recinto reducido y abovedado.

Allí no existía nada, o al menos así lo parecía, puesto que sólo se hallaba un

pequeño barril sobre dos soportes, y colocado en un rincón de aquella pequeñísima cueva.

—¡Esto no es vino! —dijo uno—, ¡esto debe ser oro!

—¡Oro!, ¡oro! —repetieron varias voces.

Y loca alegría se apoderó de aquellos hombres.

—¡Para todos! —exclamó un dependiente de carnicero, especie de gigante colorado y repulsivo, con un gorro rojo en la cabeza, y en su brazo derecho blandiendo un hacha.

De un solo golpe de hacha desunió las duelas de aquel pequeño barril, al lado del cual acababa de poner una luz...

El barril se hallaba lleno de pólvora.

Ya sabemos el resto.

La embriaguez y la cólera, nunca reflexionan.

Los azules se persuadieron que habían preparado una emboscada a sus compañeros, y juraron vengarlos.

Bien pronto Felicia, asustada y temblorosa, oyó en medio de los clamores furibundos, el ruido de las culatas de los fusiles que golpeaban violentamente en la puerta donde se hallaba, a la que había echado el cerrojo.

Dos voces roncadas llegaron hasta ella, gritando:

—¡A muerte! ¡A muerte!

Y también oyó repetir la sanguinaria canción:

Ça ira!, ça ira!

Primeramente pensó ocultarse detrás de los cortinajes de su cama; pero los golpes se sucedían con más frecuencia y cada vez más fuertes.

Ya los tableros de la puerta cedían y se rajaban... un segundo más, y el asilo virginal de Felicia iba a ser violado...

La joven, entonces, no escuchando más que a su terror, abrió precipitadamente la ventana, y de la altura de un primer piso se arrojó al jardín.

Por suerte, su caída fue amortiguada por la tierra que recientemente había sido removida.

Durante un instante permaneció extendida sobre el suelo, atontecida; pero pronto pudo levantarse, emprendiendo una carrera y desapareciendo entre la espesura.

Su primer movimiento fue de huir e ir en busca de un asilo, lejos, en el campo.

Un pensamiento terrible la detuvo.

¿Qué iba a ser de su abuela?

Por encima del tejado del castillo se entreveía la claridad siniestra de las teas que había en el patio de honor.

Felicia, guiada por una especie de instinto, dio la vuelta al castillo a fin de ver lo

que pasaba en aquel patio.

Un horrible espectáculo se ofreció a su vista.

Algunos bandidos haraposos arrastraban por el suelo el cuerpo desmayado de una mujer.

Felicia no podía distinguir quién era aquella mujer.

Llegado cerca de la verja, uno de los hombres se destacó del grupo general; subió, con la destreza de un gato montés, hasta el coronamiento de aquélla, y alrededor del escudo de armas del marqués de Épine-Fleurie, sujetó la extremidad de una cuerda.

Aquella cuerda llegaba hasta seis pies cerca del suelo y terminaba por un nudo corredizo.

Un ¡hurra!, de alegría infernal celebró enseguida la inspiración de aquella horca improvisada.

Después, tres hombres levantaron el cuerpo que habían llevado hasta allí, arrastrándole por el suelo, y pasaron el nudo corredizo alrededor del cuello de la víctima.

Enseguida dejaron el cuerpo, que, siguiendo la última impulsión que había recibido, se balanceaba lentamente y dando vueltas a la extremidad de la cuerda.

Llegó un momento en que la cara desfigurada de la muerta se halló del lado de Felicia.

La joven reconoció a su abuela.

Lanzó un sordo grito, un grito que no tenía nada de humano, pues loca de horror y de desesperación huyó de nuevo del lado del parque.

Los soldados, puestos en guardia por aquel grito, se lanzaron en su persecución.

El vestido blanco de la pobre joven les guiaba en medio de la obscuridad.

Diez fusiles hicieron fuego sobre ella.

Por una prodigiosa casualidad, ninguno de los tiros la alcanzó.

Felicia tenía un poco de delantera, y el miedo le daba alas.

No tardó mucho en distanciarse de los soldados, perdiendo sus trazas, y cansados de un perseguiamiento inútil, tomaron el partido de volver sobre sus pasos.

Pero aún no habían terminado con su obra de devastación e infamia.

Comenzaron por ponerse a bailar, alrededor del cadáver de la marquesa viuda, una especie de horripilante zarabanda.

Y por último, para coronar dignamente su obra, prendieron fuego al castillo antes de abandonarlo.

* * *

Eran las cuatro de la mañana.

El último uniforme de los azules acababa de desaparecer en lontananza, y sólo se oía por intervalos el eco casi indistinto de sus canciones sanguinarias, que vociferaban alejándose.

Un hombre, pálido y extenuado, cuyo traje se hallaba en desorden y atestiguaba una larga y rápida carrera, salió precipitadamente del bosque que se unía al parque y se detuvo, con la frente contraída y los brazos cruzados sobre el pecho, enfrente de las ruinas del castillo, que devoraba todavía el incendio.

Era horrible y bello.

Por instantes, una columna de humo negro y espeso salía de entre los escombros y subía lentamente por encima del parque y del bosque.

A veces, un conjunto luminoso interrumpía la obscuridad del humo, arrojando sobre el campo sus resplandores, elevándose en medio de las tinieblas como el *bouquet* de los fuegos artificiales, esparciendo a derecha e izquierda en el cielo sus juegos caprichosos.

El hombre de que hemos hablado se puso en marcha y avanzó hasta cerca del castillo.

Al ver su paso lento, inseguro e irregular, se hubiera dicho que era un sonámbulo durante el curso del sueño letárgico.

Solamente sus ojos se hallaban abiertos, y gruesas lágrimas caían una a una sobre sus mejillas y rodaban sobre su pecho.

Dio vuelta a las construcciones destruidas y llegó al patio de honor.

A la vista de un cadáver suspendido del coronamiento de la verja, un estremecimiento convulsivo agitó todos sus miembros.

Fue hasta el cadáver, delante del cual se arrodilló piadosamente.

Enseguida se levantó, sacó de su cintura un cuchillo de caza y cortó la cuerda.

El cuerpo cayó en sus brazos.

Con verdadera efusión apoyó repetidas veces sus labios sobre la frente de aquel cadáver, y cargado con aquellos tristes despojos se internó en el bosque, sin duda para dar sepultura a la marquesa viuda.

Pasada una hora, volvió al mismo sitio.

Parecía más pálido aún que la vez anterior.

Comenzó, en medio de aquellos escombros y por entremedias de las ruinas humeantes, una rebusca, cuyo objeto debía ser terrible, pues el sudor y la agonía cubrían su frente mientras que exploraba aquellas ruinas.

Ciertamente que aquella angustia se hallaba bien justificada, pues aquel hombre, después de haber devuelto a la tierra el cadáver de su madre, esperaba hallar bajo sus pies los despojos ensangrentados de su hija.

¡Aquel desconocido era el marqués Héctor de Épine-Fleurie!

* * *

Al llegar a medianoche a la cabaña del bosque del Estanque, el marqués no halló a Guillermo.

Asombrado e inquieto por la ausencia de aquel fiel servidor, tomó, no obstante, el

partido de esperar, no queriendo cometer una imprudencia.

Pero las horas habían pasado sin que apareciese Guillermo.

La inquietud del marqués fue aumentando.

De pronto vio el cielo colorearse en el horizonte con un tinte purpúreo.

Aquellas nubes rojizas anunciaban un violento incendio y se manifestaba en dirección al castillo.

El marqués adivinó una parte de la verdad.

Entonces tomó el camino del castillo.

* * *

Ya es tiempo de que nos reunamos con Felicia.

La joven, después de haberse escapado a la persecución de los soldados, penetró en el bosque por donde estuvo andando toda la noche.

Al rayar el día se detuvo, rendida de fatiga y de necesidad.

Casi todo el día lo pasó durmiendo sobre la hierba en medio de un talud.

Así que se hizo de noche emprendió la marcha sin dirección.

Aquella marcha duró largo tiempo todavía.

Al fin la pobre joven llegó a la encrucijada de la cruz de piedra.

Allí sus fuerzas la abandonaron de pronto.

Y girando sobre sí misma, pareciéndole que sus ojos se velaban y que el cielo se oscurecía, extendió las manos para sostenerse; pero como ningún punto de apoyo se presentó para sostenerla, cayó al suelo.

En esta caída, es cuando su frente dio sobre el ángulo del pedestal de la cruz y se hizo una herida.

El sentimiento del dolor pareció reanimarla un poco durante un instante.

Consiguió levantarse, dio dos o tres pasos todavía; pero sus fuerzas la abandonaron de nuevo y cayó por segunda vez, permaneciendo desmayada hasta el momento en que fue hallada y recogida por Andrés el buhonero.

Capítulo V

Habían transcurrido siete años desde los acontecimientos que acabamos de dar a conocer a nuestros lectores.

He aquí lo que había pasado durante este largo intervalo.

Felicia no había recobrado ni la razón ni el recuerdo.

Ayudaba maquinalmente a su madre adoptiva en todas las labores de la casa.

Era amable y dulce, pero tímida como una niña salvaje, huyendo al menor ruido con aire de asustada gacela.

Andrés no había dejado su comercio de buhonero.

Solamente que desde la época en que Felicia había sido recogida en la casa, sus ausencias eran menos frecuentes, y no dejaba pasar una semana sin ir a consagrar al menos un día a su madre y a Felicia.

No tenemos gran necesidad de añadir que Andrés se había enamorado apasionadamente de la joven.

Aquel amor era serio y profundo, a la vez que tranquilo y triste.

Triste, porque hasta cierto punto se hallaba sin esperanzas.

¿Cómo ser amado de aquella joven a la cual no podía hacerse luz en su inteligencia para llegar al corazón?

¿Cómo hacerse comprender de aquella pobre alma velada, a quien el lenguaje del amor, era un lenguaje desconocido, no despertando ninguna sensación, no haciendo vibrar ninguna fibra?...

No obstante, Andrés lo había intentado.

Más de una vez, en las hermosas tardes de verano, había llevado a Felicia a la entrada del bosque.

Allí, todo hablaba de amor.

Los pájaros cantaban en la enramada sus amorosas canciones.

Los insectos hacían resonar sobre la hierba sus gritos.

La naturaleza entera parecía entonar con todas sus voces un himno voluptuoso.

Andrés cogía las manos de Felicia, sentada al lado suyo sobre la hierba.

Dirigía su mirada a los ojos de la joven, esforzándose para hacer brillar una chispa del fuego que le devoraba.

Pero los grandes ojos de Felicia parecían insensibles, no expresando más que una especie de vaga sorpresa.

Vanamente el nuevo *Pigmalión* trataba de dar animación a su estatua.

Galatea continuaba siendo muda.

El fuego divino del amor no descendía a aquel corazón helado por la locura.

—¡Yo te amo!... ¡te amo! —murmuraba Andrés al oído de la joven.

Felicia le miraba fijamente con una desconsoladora atonía.

Y en vez de responder, se ponía a cantar a media voz una de aquellas canciones execrables, que en tan terribles momentos llegaron a sus oídos extraviando su razón.

Entonces Andrés se levantaba casi loco de desesperación, y pensaba darse con la cabeza en los troncos de los árboles que le rodeaban.

Y no obstante todo aquello, el pobre joven no se revolvía contra su inútil amor.

Cada día, por el contrario, redoblaba sus atenciones, sus cuidados, sus previsiones, llevando en cada una de sus expediciones, unas veces un adorno nuevo, otras algunas bagatelas preciosas, y por último imágenes o cintas.

Pero ¡ay!, no conseguía despertar en Felicia el sentimiento tan vulgar y tan frío del reconocimiento.

Andrés sufría muchísimo.

No obstante un sufrimiento más cruel que todos los otros le estaba reservado.

* * *

Un domingo, la madre del buhonero fue a Nantes, adonde condujo también a la joven.

Las dos entraron en la catedral.

Eran las ocho de la mañana.

La capilla de la virgen estaba llena de gente, y un sacerdote se dirigió al altar para celebrar una misa rezada.

La madre de Andrés se arrodilló.

Felicia, que imitaba instintivamente todos sus movimientos, se arrodilló a su lado.

Cerca de la joven se hallaba una mujer que evidentemente pertenecía a las más elevadas clases de la sociedad.

Aquella mujer era joven todavía, y su fisonomía hubiera sido bella, si la fatiga, el sufrimiento y, sobre todo, las lágrimas, no hubieran marchitado sus líneas regulares y expresivas.

Apenas Felicia hubo fijado su mirada en aquella mujer, se estremeció de pronto.

Después fijó más detenidamente su extraviada mirada, durante algunos segundos; en fin, pasando las dos manos por su frente como para romper un velo, se levantó bruscamente, mientras que los sollozos agitaban su pecho, y en medio de sus gritos inarticulados se distinguían estas palabras:

—¡Mi madre!... ¡mi madre!

Entonces tocó su vez a la señora, que ya hemos descrito, el palidecer y temblar.

Contempló ávidamente la fisonomía de aquella que acababa de exclamar:

—¡Mi madre!

Y a su vez abrió los brazos, y murmuró:

—¡Mi hija!

Una violenta emoción había privado de la razón a Felicia.

Otra emoción violenta se la devolvía.
¡Había hallado a su madre!

* * *

Hemos dicho que un dolor más cruel que todos los que había sufrido le estaba reservado al pobre Andrés.

He aquí cuál fue.

Los siete años pasados al lado de Andrés y de su madre, no habían dejado ningún rastro en la memoria de Felicia.

Se habían disipado, como desaparece un sueño cuando se hace de día.

Cuando Felicia vio al buhonero, no se acordaba de nada, ni de haberle visto jamás.

Este olvido, del que la joven era bien inocente, destrozó el corazón de Andrés.

La marquesa le ofreció una recompensa; no tenía más que pedir, le dijo.

La mitad de la fortuna que un día pertenecería a Felicia, le sería entregada si él lo exigía.

Andrés rehusó todo.

Ocultó su amor en lo más profundo de su alma, y respondió:

—¿Por qué recompensarme?... No he hecho más que cumplir con mi deber... Todo el mundo en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

* * *

Un año después, Andrés perdió a su madre.

Dejó su comercio, sentó plaza, y fue muerto en las guerras del Imperio.

Fin de El BUHONERO



XAVIER HENRI AUMON PERRIN, conde de Montépin, nacido en Apremont (Alto Saona) el 18 de marzo 1823 y muerto en París el 30 de abril de 1902, fue un popular novelista francés.

Autor de folletines y de dramas populares, se hizo popular con los folletines. Es el autor de uno de los más vendidos del siglo XIX, *La Porteuse de pain*, publicado de 1884 a 1889, que fue adaptado sucesivamente al teatro, al cine y a la televisión.

Le Médecin des pauvres, publicado de enero a mayo de 1861 en el periódico ilustrado *Les Veillées parisiennes*, fue un plagio de una novela histórica de Louis Jousserandot, un abogado republicano. Jousserandot y Montepin se enfrentaron en un proceso que tuvo lugar en enero de 1863, en el que ambos fueron condenados a las costas.

Les Filles de plâtre, publicado en 1855, fue también un escándalo y le valió a Montepin una condena a tres meses de encarcelamiento y 500 francos de multa en 1856.